



Andrés Eloy Blanco

POESÍA REUNIDA

COLECCION BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Andrés Eloy Blanco Poeta, político y abogado nacido en Cumaná en 1896. Miembro de la Generación de 1918, su militancia contra las dictaduras de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez lo llevó a sufrir cárcel y exilio. Murió en Ciudad de México en 1955, cuando el auto donde viajaba fue embestido por un carro que se dio a la fuga. Entre sus obras destacan *Barco de Piedra* (1929, escrito en la cárcel) *Baedeker 2000* (1938), *El poeta y el pueblo* (1954), *Giraluna* (1955) y *La juanbimbada* (1959).

« Emilio Boggio, *Le départ pour les champs (La partida hacia el campo)*
1894. Colección: Galería de Arte Nacional



84

Poesía reunida

ANDRÉS ELOY BLANCO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la Batalla de Carabobo.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO Carabobo** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nájuez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Poesía reunida

ANDRÉS ELOY BLANCO



Índice

- 11 Nota editorial

- 13 TIERRAS QUE ME OYERON
- 15 Los cantos. Canto A Rubén Darío
- 20 Himno de paz
- 23 Zumo de corazón
- 23 Despedida del amante
- 25 La que no vuelve
- 26 Nombres de mujeres
- 26 Leonor
- 27 Sed tengo. El alma inquieta
- 30 El regreso a la madre

- 33 PODA
- 35 Los últimos énfasis. Poemas peninsulares. Irida Regina Blanco
- 38 Paráfrasis del poeta
- 43 El río de las siete estrellas
- 63 Salobre. Laude a budha
- 67 Las uvas del tiempo
- 73 La vaca blanca
- 76 Los navegantes
- 80 Complemento
- 81 La mujer de sal
- 85 Playa
- 87 Informalidad
- 88 Palabras del caminante loco
- 92 Elegías. Oración del sábado
- 100 Árbol
- 103 La renuncia

- 105 BAEDEKER 2000
107 Autorretrato
111 .La casa, la novia y Juan. Carga
113 Congreso
115 El extraño
116 Touring—club (itinerarios)
116 Campo de batalla
118 Regreso
120 Orinoco. Dos niños y una estrella
121 Museo. Palabras del poeta en la tarde
123 Poemas del tiempo de la quinta esposa. Raza
124 Censo
- 127 BARCO DE PIEDRA
129 La Rotunda. El águila y el bagre
131 El conejo blanco
132 Luna
133 El gallo zambo
135 Tren
136 Ventana
138 El gato verde
140 La obsesión
141 Cumpleaños del ahijado manolo
144 El castillo de Puerto Cabello. Los instigadores.
La chouannerie de la república
146 Estudio de volumen
148 Estrella del cielo
150 Cárcel de Puerto Cabello. Tránsito de un re-
trato de novia por la cárcel
153 La casa de Abel. Soledad
154 Abel y su casa

- 159 LA JUANBIMBADA
161 Los palabreos. Palabreo de la loca Luz Caraballo
163 La recluta
165 Los testimonios. Nuevo canto a España
169 Canto a América
169 Canto IV
- 173 GIRALUNA
177 Giraluna, la novia
183 Anunciación
184 Giraluna, la esposa
184 Silencio
185 Si el silencio fuera mío
188 Pleito de amar y querer
194 Giraluna y el mar
194 La dulce ola
195 Regreso al mar
196 Intermedio. Soneto a Rómulo Gallegos
197 Canto a los hijos
220 A un año de tu luz
230 Elegía azul con una estrella y otros poemas

Nota editorial

No es exagerado afirmar que la noticia de la muerte de Andrés Eloy Blanco, el 21 de mayo de 1953, sumió al pueblo venezolano en el dolor. No solo perdía a una suerte de ídolo, tan admirado y aplaudido como una estrella de cine, sino a un solidario y combativo compañero. Igual que Juana, la célebre madre del “Palabreo de la recluta”, a la gente su muerte “le dejó el corazón como capilla sin santo”. Porque el poeta cumanes era un militante revolucionario que, al tiempo que luchaba desde el exilio contra la dictadura de Pérez Jiménez, le abrió en la poesía un hogar a multitud de pobres sin techo ni esperanza y les dio la voz que ahogaba la bárbara represión gomecista-perezjimenista.

Más allá de lo que pueda decir la crítica especializada, al llamarlo poeta, el pueblo que lo lloró le reconocía al menos dos virtudes: el genio creador y la empatía activa. Es decir, admiraba su verbo, su capacidad de retratar con la palabra la realidad más dura y los sentimientos más hondos; y su compromiso con la causa de la libertad y la justicia social. No es casual que en el tiempo siga siendo un autor conocido y recitado por la misma gente que nunca olvida las canciones de Alí Primera. Y si el “Alma llanera” es aceptada como “segundo himno nacional”, no es menos lo que puede decirse de “Las uvas del tiempo”. Durante 88 años este poema ha marcado un rito de unión y reafirmación de los afectos familiares al despedir un año y recibir otro. Y durante mucho tiempo, recitarlo o escucharlo el 31 de diciembre llegó a ser un acto clandestino que recordaba que así como se moría un año

uno nuevo nacía a la esperanza. De manera que en el arraigo popular de la poesía de Andrés Eloy Blanco hay un sentido político insoslayable.

Ese matiz no aminora su belleza y su poder de evocación. Es fácil imaginar la impresión que habrán causado estos versos en cualquier mujer a quien la recluta gomecista le arrancara un hijo:

Mire, se llevó la vaca,
mire, se llevó el te quiero,
se llevó el ay que me muero
de media noche en la hamaca,
se llevó la guacharaca,
la manta de guarnición,
la promesa de varón
en el hijo prometido.
Mire, se llevó el latido
y le dejó el corazón.

Porque esas mujeres a las que se les quedó así de herido el corazón probablemente no tenían mayor consuelo real, ni nadie a quien acudir. Pero en la poesía de Andrés Eloy podían encontrar un reconocimiento que sistemáticamente se les negaba. Y así habrá ocurrido con muchos otros dramas humanos que él no solo expresó en poemas, sino que los vivió, como cuando fue encerrado en el horror del Castillo de Puerto Cabello por enfrentarse a Juan Vicente Gómez.

Basta detenerse en poemas como “Los hijos infinitos” para entender que Andrés Eloy escribió una poesía que siempre tendrá sentido para la gente de carne y hueso. Por eso, reunirla en este volumen es una forma de ofrecer a quienes puedan leerla una razón para querer la poesía.

TIERRAS QUE ME OYERON

LOS CANTOS

CANTO A RUBÉN DARÍO

*He aquí que Cyrano de Bergerac traspasa
de un salto el Pirineo: Cyrano está en su casa.*

RUBÉN DARÍO

La selva colombina lo presintió. (¿Sería
la selva el cisne negro y anunciador del día?).
La selva colombina lo presintió; la vida
rugiente de la selva presintió su venida.
El temblor armonioso de una fiebre divina
turbó la piel del tigre y el nervio de la encina;
los cielos orquestales se animaron; debía
venir algo muy grande para la Poesía.

Bajó el augur eterno de la cumbre lejana
y hundió las manos trémulas en el agua antillana,
y en sus manos unguidas de luz, Artemidoro
mostró a los pueblos ávidos el gran sueño de oro.
Ya lo había anunciado la voz del firmamento
y se abrieron las almas para el advenimiento.

Llegó: Nieves intáctiles le sirvieron de corte;
en el Sur saltó un potro... gruñó un oso en el Norte.
Cuando extendió sus alas bajo el latino cielo
fue más que nunca viva la sensación del vuelo.

Un caos de gritos ágiles y de voces extrañas
llenó la selva, el río y el mar y las montañas;
un diamante de hielo fulgía en cada monte,
y eran como mil soles llenando el horizonte...

Y fue el grito de América: fue una diana guerrera
que azotó las espaldas de la gran cordillera;
y habló el volcán sagrado, y un fuego de incensario
divinizó su sangre de viejo dromedario.

Voló el cóndor: sus alas embriagadas de aurora
proyectaron la gloria de una sombra sonora...
¡Volaba, y en sus plumas iba un sueño gigante:
Belvedere con alas, lomo alado de Atlante!
Cruzó los amplios mares y los países muertos
y abrevó en el misterio de los lagos desiertos.
Leyenda de Pirámides y sangre de leyendas,
y esfinge de misterios y sangre de contiendas,
y los vuelos heroicos de los cuervos romanos
enlutando la curva de los arcos Trajanos,
y las tardes caníbales en los circos de Roma,
Nerón, la lira orgiástica de Nerón, la paloma
del Espíritu Santo, París... todas las cosas
sintieron en el ánimo sus alas poderosas.

Llevó, como Enviado del Azul, los saludos
sobre la Grecia, yunque de razas y escudos;
clavó su garra joven sobre eternos escombros;
Tanagra sintió el hierro de su garra en los hombros.
Bajo los viejos pórticos, Erecteón dormido
sintió las Cariátides aletear; el nido

de esforzados Temístocles, de Leonidas estoicos,
 creyó volver al fuego de los ciclos heroicos;
 se alzaron de sus tumbas las Victorias aladas;
 Arcadia abrió la fuente de sus dulces baladas...
 ¡Plegó el cóndor la seda de sus alas indianas
 entre vasos corintios y columnas paganas,
 y en el hueco mármóreo de un vaso, sobre el muro,
 durmió para el Pasado su sueño de Futuro!

Y fue: De su garganta de pájaro guerrero
 brotó un ritmo dulcísimo, música, luz y acero.
 El Verbo de su sueño se hizo carne; su alada
 visión ya fue un Quijote de coraza y espada,
 y fue por los caminos, y en su viaje fecundo
 por Él la Poesía ya tuvo su trono: El Mundo.
 Por Él, bajo la arcada feraz de la campiña,
 profanó Pan la sangre doncella de la viña;
 por Él, en albas santas, los reyes portadores
 de las ofrendas bíblicas fueron tres ruiseñores;
 por Él, sobre las ancas de los toros sagrados
 cabalgó el ritmo en vértigo de los siete Pecados;
 las lenguas betlemitas y las lenguas paganas,
 por Él cantaron juntas, por Él fueron hermanas;
 por Él, ante el incendio de lejanos crepúsculos,
 los cóndores aprestan las garras y los músculos,
 y por Él la armonía de un aire de bonanza
 hincha un ala de cisne bajo un sol de Esperanza...

En su actitud gascona y en su vieja arrogancia
 hubo más de Cyrano que de Quijote; Francia
 era toda Gascuña para Él y espada

esgrimida le cuadra más que adarga embrazada.
Fue hermano, en el espíritu y el brazo, de Cyrano,
en el empuje, fiero, y en el abrazo, hermano;
aquella preferencia por el cisne y el guante,
más se aviene al poeta que al caballero andante;
las alas que llevaron los sueños de Darío
a la luna, bien pueden ser alas de rocío;
en el palenque homérico y en el combate rudo,
contra su espada hidalga no hubo hierro de escudo,
y en las encrucijadas de la vil asechanza,
contra su escudo helénico no hubo punta de lanza.

Bergerac, a la sombra de la cita galana,
descifraba el misterio del amor a Roxana,
y en sus labios posesos del amor imposible,
desfloraba el secreto de un beso indefinible.

También en las veladas de Rubén, Margarita
(Margarita-Roxana) gustó el beso en la cita.
y cuando de Darío los labios se entreabrieron
para dar sus latidos a la Nada, sintieron
las selvas que un gran beso estalló en la agonía
y era que a los dos flancos de su tierra, ese día
poseídos de un claro simbolismo romántico,
se alzaban en dos olas Pacífico y Atlántico;
subieron... y subieron... sobre el eterno grito
de las olas bañadas de luz y de infinito,
formó dos labios trémulos la pureza del agua,
y entre ellos, era un beso, de piedra, Nicaragua...

Y el cóndor de los sueños resucitó: En la altura
los dos mares se unieron; con salvaje hermosura
se alucinó la aurora tropical, y delante
de los ojos del cóndor, un monte de diamante
se alzó, y en sus contornos y en su movable flanco
tomó las proporciones de un Pirineo blanco.
El milagro fue entonces: Como en la vieja historia,
el viejo augur le dijo: “¡Detrás está la gloria!”
y he aquí que Darío de Bergerac traspasa
de un salto el Pirineo: Darío está en su casa.

HIMNO DE PAZ

A Soledad de Braun

Resuena en las inmensas llanuras
la orquesta de un lejano tropel;
un vértigo de danzas impuras
anuncia a las edades la danza de Luzbel.

Ambiente de pasión y de guerra;
delirios de matanza y pasión.
El viejo corazón de la Tierra
destila sus dolores en cada corazón...

¡Mirad! En rutilantes desfiles
acuden a morir y a matar;
Licurgo con la lanza de Aquiles,
y fuego sobre el éter, y fuego bajo el mar...

Destellan bajo el sol las espadas;
oíd: ¡ha redoblado el temblor!
y fiebre de clarinadas
y vuelo de cabalgadas,
y el dolor...

Son gritos de llamada: mil trinos
acordes en un trino mortal;
“¡Al Rhin!”, dicen los pueblos latinos,
y arroja contra el Rhin sus destinos
la fúlgida familia ancestral.

Van todos: el cantor siciliano,
los rubios argonautas de Albión,
y Alberto de la Mancha, y el férvido espartano,
y el gran jinete galo galopa en su bridón...

Y allá, los pueblos fuertes que olvidan su heroísmo:
los blondos Prometeos; el casco y el clarín;
Sigfrido, alma de bronce; Wotán, alma de abismo;
leyendas de la selva; cinta de fuego: ¡el Rhin!

Se traban: sangre y lucha;
cuatro años que no dejan un minuto al amor;
la imprecación del odio que se escucha,
y allá Caín con alas, y aquí la herida en flor.

Perdió sus alboradas de púrpura la rosa,
calló sus armonías el laúd;
un compás de tragedia retumba en cada cosa,
porque en toda la Tierra se está abriendo una fosa
y en cada tronco de árbol germina un ataúd...

Pero ya se siente
venir del Occidente
la fe que levanta
—ruiseñor que canta—,
la breve virtud de la Paz,
y haciendo palpable la oliva quimérica,
surcó el océano la joven América
y en pleno Diluvio soltó la torcaz.

¡Qué noble armonía, qué alígero cántico
sacude el fogoso tritón del Atlántico
que lleva en sus lomos la nueva canción!
Gloriosa de espumas navega la barca
y vuelve a los hombres la historia del arca,
donde la gacela sonrío al león.

¡La Paz! A su nombre
fue de nuevo el hombre:
ya no se debaten los odios humanos,
y en vez de las armas se cruzan las manos.
¡Suprema armonía,
calor, poesía,
toda circundada de luz la Verdad;
besar las espinas que acechan al paso;
ser bueno a la aurora, ser justo al ocaso,
y allá arriba el cielo y aquí libertad!

¡Quiero la paz eterna y fuerte, pero leve:
un cóndor con las uñas embotadas en nieve;
suprema y levantada
sobre el odio del barro y el revés de la espada,
sobre el hermano herido,
sobre las impiedades, sobre Sila y Adán,
como un ave que cuelga la emoción de su nido
sobre la cresta de un volcán!

ZUMO DE CORAZÓN**DESPEDIDA DEL AMANTE**

Los remos
gravitan ya sobre la piel del río
y el ancla está propicia. Destino: ¿Volveremos?
Tengo miedo al adiós, y siento el frío
de lo que no se sabe, del secreto
que guarda esta quietud... Las almas solas
como mi barca, tras del río quieto
esperan siempre el salto de las olas.

Hilo de luna... agua de paz... retiro...
manos de seda y luz... alma en las manos...
quietud... Alfredo de Musset... suspiro...
los besos mudos y los ruegos vanos...

La promesa de amor, y la promesa
de vivir nuestro amor hasta la muerte...
y el “hasta cuándo” ignorado, con esa
intangibilidad de la suerte.

La partida por fin: la corriente
que nos lleva al azar, a la Vida...
¡La mirada! ¡El espíritu ardiente
para el cual no hay posible partida!

Y la nube de tu blancura
suspensa en la sombra del río,

cual si en la noche llena de negrura
hubiera un lugar vacío

1918

LA QUE NO VUELVE

Ella fue el alma de mis viejos cantos;
yo la sentí muy cerca de mis penas;
santa fue mi pasión, mis versos santos,
y Ella fue sorda a las palabras buenas.

Ya nada encontrarán en las serenas
campañas de la Vida mis quebrantos,
porque algo dicen al bullir mis venas:
—La Vida es una sola... para tantos...—

Cuando partió, la sed de mi esperanza
se fue tras su visión... En lontananza
temblaba el eco vivo de mis ruegos...

¡y en la falsa quietud de mi reposo,
sólo vio mi cerebro el doloroso
color de nada de mis ojos ciegos!...

1919

NOMBRES DE MUJERES

LEONOR

La palabra de Edgardo dio tu nombre a la Muerte;
yo escuché entre las sombras la palabra cantora;
se agitaron mis ojos en un ansia de verte
y a mi noche cansada se acercó más la Aurora.

Tu blancura me llena de una emoción tan fuerte,
y una luz tan serena te prestigia y te dora,
que en mi silencio un fuego de evocación se advierte:
Esa es la novia muerta de un poeta: ¡Leonora!...

Pasaste; de mis labios cayeron a tu lado
los versos que en el alma del poeta enlutado
clavaron las viudeces de su dolor acerbo;

de tu rubia belleza brotó la paz de un trino,
y la sombra convulsa de un presagio divino
pasó bajo mis ojos, como un ala de cuervo.

1918

SED TENGO*A Rosario Blanco M.***EL ALMA INQUIETA**

Acércate, ¿la ves? En mis retinas
brilla súbitamente
como la luz que cruza detrás de unas cortinas,
y su revoloteo me ilumina la frente.

Algo le falta o algo tiene demás mi alma;
quizá le faltan frenos; quizá le sobra aliento,
porque nunca está en calma
y para el vuelo es toda pensamiento.

¡Alma mía que vuela con cien alas de rosa,
intacta, sin el vicio del origen humano,
como una mariposa que nació mariposa
sin pasar por gusano!

¿La ves? Porque yo a veces la busco y no la encuentro;
se lanza cielo arriba –trino, espiral, paloma...–
entonces me revuelvo para buscarla dentro
de mí y no está... se ha ido, pero deja el aroma.

¡Yo sé que ella prefiere la quietud de la cumbre:
por vírgenes veredas esparce sus reflejos;
gusta de los parajes donde la podredumbre
del cuerpo no se sienta... donde yo esté más lejos!

A veces de hoja en hoja
salta y agita el ala tenaz como una vela,
y en loco regocijo por la umbría se arroja
como un niño que vaga fugado de la escuela.

Mariposa, turpial, águila, nube...
¡Nube! de esos violentos
jirones que, aunque breves, llenan todo un paisaje;
que en la mañana suben con la aurora que sube,
en el día cabalgan sobre todos los vientos
y al ocaso se quedan fijos en un celaje.

Copo errante de nieve,
busca llamas solares para fundir su frío;
hisopo de la altura, cuando llueve,
¿dónde caerá su clara bendición de rocío?,
¿sobre una flor o sobre el lodo?,
¿sobre la paz de un mudo cementerio aldeano?,
quizá vaya a los mares a ser nada en el Todo,
tal vez quede suspensa sin llegar al pantano...

Cuando yo esté expirando
y la vela del alma tiemble a mi cabecera,
mírame bien y cuando
baje la frente y muera,
veloz, antes que el llanto pueda inundar tus ojos,
apaga el cirio, y luego
vuelve tu aliento y vuelve tus antojos
a este montón de carne desnudo, sordo y ciego.

Apaga el cirio, porque volandera
saldrá el alma en un giro raudo hacia la Quimera;
alma que es mariposa querrá lucir sus galas,
y la atracción de lumbre de la cera
¡puede quemar sus alas!...

1919

EL REGRESO A LA MADRE

Cuando falte a mis hombros, madre mía, la fuerza;
cuando cerca del surco donde me siembren llegue;
cuando ya hasta el más leve remolino me tuerza
y hasta el peso del alma me doblegue...
tu recuerdo, ese fardo de diamante,
seguirá siempre firme sobre mis hombros muertos,
¡porque en todas mis penas Amor es un gigante
y el cariño es un Hércules con los brazos abiertos!

Cada vez que a mi paso los humanos
dolores arrojaron su venablo ofensivo,
se interpuso veloz, sobre tus manos,
tu corazón, como un escudo vivo.

¡Qué mal me han hecho, madre, otros afectos!,
me llenaron los brazos de goces imperfectos;
cada boca de amante fue lengua ponzoñosa;
una fue mi ladrona y otra fue mi asesina;
yo les di de lo mío mucho más de la rosa,
¡pero ellas no pasaron más allá de la espina!

Lejos de ti, mil veces
busqué en ajenos labios el manantial de vida;
el amor que me dieron lo devolví con creces
y por tantas heridas no devolví una herida.

Y fue porque no supe que en ti estaba la blanca
fuente, el cauce divino,

el afluente de amores cuyo origen arranca
del hueco de las manos que Dios tiende al Destino.

Vuelvo a ti. Ya no quiero
sino el raudal templado del amor verdadero.
No más aquel tumulto
de pasión transitoria, de falaces querellas,
que ante tu amor perenne tienen baldón de insulto,
¡como un escopetazo lanzado a las estrellas!

Y encuentro en tu cariño más goce y más regalo;
él es la luz que nunca se refracta en el prisma...
Si Cristo fuera malo,
su madre, más humana, fuera siempre la misma.
Todas son una sola, para el dolor desnudas:
es una policéfala encarnación de diosa;
son iguales la madre de Cristo y la de Judas
¡porque ambas están hechas de pulpa milagrosa!

Madre: Como la tierra, generoso y eterno,
guarda tu vientre vivas sementeras;
arrecien los dolores en cada nuevo invierno...
tú los devolverás en primaveras.

Madre: en este coloquio feliz de mi regreso
dos cielos bendigamos:
la Patria, donde nuestro corazón está preso;
la Madre, que es la patria que primero habitamos.

Y déjame dormir sobre tu traje,
sobre tu vientre, escena de mi primera aurora,

para soñar que voy por un ramaje
donde se oculta un nido con un pichón que llora...

1920

PODA

LOS ÚLTIMOS ÉNFASIS

A Octavio Rafael Neri

POEMAS PENINSULARES

IRAIDA REGINA BLANCO

Iraida: Estoy pensando en el navío
que trajo por los mares a tu abuelo y al mío.

Dos hermanos; el mismo
cuento: bolsa sin blanca, papeles de bautismo,
la locura de un siglo metida en un sombrero,
tres partes de demonio y una de rezadero.
Fueron del primogénito señorío y solar,
pero los segundones tienen Flandes y el mar,
y ambos fueron a Flandes y volvieron acaso:
ni un doblón en la bolsa, pero vino en el vaso.
Después, riñas y amores en Sevilla y Toledo,
por aquellas callejas donde se pierde el miedo.
Y al fin izó las velas en Cádiz el navío
que trajo por los mares a tu abuelo y al mío.

Vinieron de la guerra hacia la guerra,
que era un cambiar de luchas aquel cambiar de tierra.
Llegaron a una playa, no llegaron a un puerto,
pero sobraba tierra para sembrar el huerto
y al campo bueno echaron la semilla
—limones de Granada, claveles de Sevilla...—

¡Cómo alzaban, Iraida, hasta los cielos,
la voz del Sembrador, nuestros abuelos!
El tuyo traje para la aspereza
del surco gris la Flor de la Belleza,
y el Árbol fue, y surgió de los despojos
del aventado fruto la floresta
y en lo más alto de la copa enhiesta
seleccionó el ocaso la aurora de tus ojos.

¡El mío se perdió por los caminos
hacia el Oriente, Iraida, que es la vida!
Y allá siguió retando sus molinos,
detrás de los carneros de la cuarta salida.
Pero ocurrió que un día le cayó entre las manos
un pájaro vencido por cien vuelos lejanos
y la mano callosa de manejar la espada
floreció de algodones para el ave cansada.
Y el viejo capitán, desde ese día,
fue tras las aves a aumentar su cría,
que es santo oficio cultivar el vuelo,
porque ir haciendo alas es ir ganando el cielo.

Ya te he contado cómo los hermanos errantes
cultivaron sus tierras en dos huertos distantes.
Los dos vinieron en la misma nave:
el tuyo sembró un árbol y el mío salvó un ave.

Y ahora vengo yo, tal vez dolido
del huracán que me malogra el nido
y al llegar a la copa que el aire despereza,
donde Tú eres la flor de la Belleza,

siento una calma familiar en ella,
se me abre un nido en su follaje blando
y al calor generoso de tus ojos de estrella
canto una vez, para seguir volando...

1925

PARÁFRASIS DEL POETA

*Lllaman locura este anhelo de amar el azul lejano,
llaman locura este goce de hacer bendito el dolor.
Si yo soy como el jilguero, nuestro musical hermano,
que aprisionado entre rejas es como canta mejor.*

JACINTO FOMBONA PACHANO

Estoy releendo ahora tu carta a Rodolfo, y quiero decirte que hay una estrofa que me ha puesto soñador, que es aquella donde dices: “Si yo soy como el jilguero, que aprisionado entre rejas es como canta mejor”.

Con un poco de alegría y otro poco de egoísmo y al decir del padre Hugo, me he sentido “au fond du trou”, porque pienso que esa estrofa debí escribirla yo mismo, pero me queda el consuelo de que la escribiste tú.

Y así como en el Misterio que todo lo relaciona, la glosa de la sirena resuena en el caracol, escribo estos comentarios para Jacinto Fombona, que es un pífano de plata bajo una puesta de sol.

“Si yo soy como el jilguero...” No entre rejas, entre muros hay que guardar este niño que goza en su oscuridad... ¡Cómo se acaba el encanto de los senderos oscuros cuando en un brusco recodo se encuentran con la ciudad!

Guarda el niño que en tu pecho da un gozo de cien campanas;
de los incontaminados será el futuro laurel;
mientras pasa la ventisca, cerremos nuestras ventanas,
aunque el que pase no sepa que hay un rincón para él.

Sé sincero cuando veas que tienes claro el sendero,
pero si vas entre sombras aprende a disimular;
a nosotros nos formaron en la escuela del llanero,
que va por la tierra firme como quien va por el mar...

Nunca te des por entero; da la mitad en el grito.
Vive puliendo el milagro de tu gran poema en ti.
¡Qué hermosos son nuestros versos antes de haberlos escrito
y cómo, al darles la forma, los mutilamos así!

Y luego, los que nos leen: el señor que “gana plata”,
la verborrea del crítico que nunca hiló un madrigal,
la señorita que un día decidió ser literata
y uno que “sabe de versos” porque va a “El Universal”.

Deja ver de los extraños la mitad de tu alegría,
deja ver de los extraños un punto de tu dolor;
mi verdadero poeta nunca vio la luz del día
¡porque si le abro la jaula, me matan mi rui señor!...

Por eso, porque no quiero darme al primero que pasa,
por eso algunos señores me llamaron cerebral;
ésos son los que se pasan viendo el frente de una casa,
pero como está cerrada nunca pasan del portal.

Pero lo que ignora el otro es que mi emoción es mía;
lo que a mí me desazona, para él no tiene valor;
la caída de una piedra, para mí tiene armonía;
para él es sólo el perfume lo que vale de la flor.

Yo no emocio al que venga desde su punto de vista;
el llanto de mis estrofas nunca bajó hasta el papel.
Lo más bello de la Obra se queda con el Artista
y si otro no me comprende yo no lo comprendo a él.

¡Qué vamos a comprendernos, si tomamos dos caminos
que unidos en el arranque se unirán en el final:
él echó por los rosales y yo eché por los espinos,
pero él espinó las rosas y yo florecí el zarzal!...

Ellos no saben que tienen todas las cosas pequeñas
un indecible secreto para mi sola emoción:
la yerbecilla que guarda su verdor entre las peñas,
como un amor que en el alma se ha quedado en un rincón...

Cuántas veces para ellos llega como un importuno
lo que a ti te da una noche de continuo cavilar:
esa palabra perdida que no interesó a ninguno
y esos dolores pequeños que a nadie hicieron llorar.

¿Comprenden ellos la pena de secarse una cascada?
¿Comprenden ellos acaso la trascendente virtud
de unos ojos sin cerrarse, frente a una vela apagada
y un reloj que da una hora mientras sale un ataúd?

Ellos no sienten la pena de las dos de la mañana,
cuando entramos a una calle, buscando un fugaz placer,
y de pronto, por el hueco de alguna pobre ventana
llega a nosotros un ruido de máquina de coser...

Ellos no ven ciertas cosas que amarran mi fantasía:
el concepto que los ciegos deben tener de la luz,
la frase de amor primera que José dijo a María,
lo que cantaba María para dormir a Jesús...

Por eso, frente a los hombres, ten algo de prisionero,
entre sus paredes nada le falta a mi ruiseñor;
ya ves como él ha escuchado la gloria de tu jilguero,
“que aprisionado entre rejas es como canta mejor”.

Frente al hombre... ¿Y las mujeres? Ellas abusan un poco
porque saben que sin ellas no hay razón para vivir;
nos acusan de hermetismo... pero es preciso estar loco
para decirles las cosas que no se pueden decir...

Si “no cabe lo que siento en todo lo que no digo”,
como en su copla de oro dijo Pedro Calderón,
la que quiera conocerme tiene que dormir conmigo
para que oiga a media noche cómo late un corazón.

Yo no les pido a los hombres que vivan mi misma hora,
yo no pido a la bocina la glosa del caracol,
yo sólo quiero pedirles lo que me han dado hasta ahora:
que me dejen el derecho de calentarme en el sol...

Mientras tanto, las sirenas existen en lo profundo,
por más que nunca existieron para quien no oye su voz,
y hay fresco por la mañana, que es el suspiro del mundo
y hay rosas en el poniente, que es la sonrisa de Dios...

Y nada podrá quitarnos el canto de tu jilguero,
nada habrá porque renuncie mi ruiseñor a cantar,
mientras vamos transitando por la senda del llanero,
que va por la tierra firme como quien va por el mar...

1923

EL RÍO DE LAS SIETE ESTRELLAS

(Canto al Orinoco)

Invocación al Dios de las Aguas

Dios submarino, Dios lacustre, Dios fluvial,
 uno en el tritón y en la garza
 y en la dulce corbeta y el áspero crucero,
 Dios del agua, Señor de la Casa de Cristal,
 Dios Marinero.

Expresión de agua de tus mil expresiones,
 río tendido de Volturmo a Cristo,
 vuelo del Ibis que cruza
 del mascarón de Argos
 al mastelero de la Santa María,
 Dios argonauta,
 que tiendes a las manos de la Armonía
 el río de tu música, largo, como una flauta.

Dios infuso en el lago blanco de la nube
 alinderada de azul,
 Dios de espuma en el crespado del corderillo,
 Dios tormentoso en la melena del león,
 Dios zahorí, estancado en la pupila del tigre,
 Dios del río de estrellas que de Oriente a Occidente
 cruza de noche el cielo,
 Dios del agua combatiente
 en el crinado Niágara y el sospechoso Dardanelo:
 Tiende la diestra, donde nace el Río
 y la zurda, donde desemboca

—en un cristalino arco de Brahma—
tiende el ánfora de las manos,
¡Señor del Agua, Viejo Comandante,
hacia los manantiales sonoros,
hacia el tibio remanso
del Orinoco de agua beligerante
brotado de tus sienes, sudado de tus poros
en el sábado de tu primer descanso!

La órbita del agua

Vamos a embarcar, amigos,
para el viaje de la gota de agua.
Es una gota, apenas, como el ojo de un pájaro.
Para nosotros no es sino un punto,
una semilla de luz,
una semilla de agua,
la mitad de lágrima de una sonrisa,
pero le cabe el cielo
y sería el naufragio de una hormiga.

Vamos a seguir, amigos,
la órbita de la gota de agua:
De la cresta de una ola
salta, con el vapor de la mañana;
sube a la costa de una nube
insular en el cielo, blanca, como una playa;
viaja hacia el Occidente,
llueve en el pico de una montaña,
abrillanta las hojas,
esmalta los retoños,

rueda en una quebrada,
se sazona en el jugo de las frutas caídas,
brinca en las cataratas,
desemboca en el Río, va corriendo hacia el Este,
corta en dos la sabana,
hace piruetas en los remolinos
y en los anchos remansos se dilata
como la pupila de un gato,
sigue hacia el Este en la marea baja,
llega al mar, a la cresta de su ola
y hemos llegado, amigos... Volveremos mañana.

La Parima y las fuentes

La Parima es el sueño faraónico
y la piedra de Moisés,
el panal negro de la Hermana,
que el Hermano Francisco no vino a conocer.
Catedral del misterio, Sierra del Sur, ignota,
lengua escondida de la voz del agua,
párpado mal cerrado de Dios, que deja ver
la hebra azul de una mirada.

Yo soñé para tu Gloria,
río de la Patria,
escribir una palabra esencial
en la hoja de la sabana,
mojado en tus fuentes oscuras
el aguijón celeste de una pluma de garza.

Pero, sólo encontré mi sangre,
con su rojo tenuado por la mezcla de lágrimas.

Sin embargo, te ofrecí venir
¡y en tu camino estoy!
Tú saldrás de tus fuentes: el Dios de la Parima,
el Dios Indio, te abrirá la puerta
de su gran casa oscura; el Viejo Dios
te dejará venir como todos los días
y en tu camino estaré yo...
Tú sales de las manos de tu montaña,
como sale un milagro de la mano de Dios,
como todas las noches, de la jaula del cielo
se escapa y va a los campos el pájaro del Sol.

Casiquiare

Ciudadano venezolano,
Casiquiare es la mano abierta del Orinoco
y el Orinoco es el alma de Venezuela,
que le da al que no pide el agua que le sobra
y al que venga a pedirle, el agua que le queda.
Casiquiare es el símbolo
de ese hombre de mi pueblo
que lo fue dando todo, y al quedarse sin nada
desembocó en la Muerte, grande, como el Océano.

Bestiario

El caimán

Es el Capitán del Río;
viejo zorro dormilón, viejo Neptuno,
con ese dolor de eternidad
de los que se salvaron del Diluvio.

En la playa candorosa
alza su boca abierta el Capitán del Río,
como si fuera echando hacia los cielos
las almas de los que se ha comido.

Viejo zorro, compadre del filósofo,
¡sospechoso, como el lomo de un libro...!

La raya

Alacrán de orilla,
comadre orillera,
oculta, como una mala intención,
enconosa, como una mala lengua.

Quizá no entra al Río
porque no la dejan
y se embosca en la orilla, como el mango de marzo,
que al quitarse la cáscara, nos la pone en la puerta.

El temblador

Bólido entre dos aguas, gota de tempestad,
gato de agua —el alma de algún gato hundido—
o más bien un rayo que cayó una noche
y cuando iba hacia el fondo, se pasmó con el frío.

El caribe

La diezmillonésima parte
de un tiburón
multiplicada diez millones de veces.
El Caribe es la distancia más corta
que hay del Río a la Muerte.

El boa

La cola en el árbol, la boca en el río,
es todo un cauce:
entra al Orinoco la cascada viva,
el tributario de carne.

El mono

Desde el árbol más alto, donde se toca el cielo,
colgado de la cola al pico de una estrella,
con las manos tendidas, nos saluda el Abuelo.

Las garzas

¿Es una nube? ¿Es un punto vacío
 en el azul...? No, amigo mío,
 es un bando de garzas... Son las novias del Río...

Los tributarios

Siete caballos, como traílla,
 sin rienda ni silla,
 por siete caminos vienen en tropel;
 como una traílla de grandes mastines,
 espesos de espumas, de nervios, de crines,
 los siete caballos llegan hasta él.

Él les ve llegar:
 El primer caballo le ofrece sus ancas
 para cabalgar,
 el segundo, dale sus espumas blancas,
 como las del mar,
 el otro, en la floja nariz que palpita
 le da un humo blanco con calor de hogar,
 el cuarto se encabrita
 y el quinto relincha, de azogue el ijar
 y el sexto murmura y el séptimo grita
 y Orinoco es todo lo que llega al mar.

Los cuatro primeros
 son la guardia de las Fuentes,
 los Sacerdotes de la Palabra Secreta,

la trinchera del indio, cuatro potros inmóviles
en las cuatro esquinas de su tumba abierta.
Guardajoyas del misterio:
el Caura y el Guaviare y el Vichada y el Meta,
antemurales de la Tradición,
caballos de San Marcos de los ríos de América.

El quinto es la piedra que va monte abajo,
potro desbocado, cola y crines negras,
piedra de diamante
luminosa piedra.
Camino arduo de los Conquistadores,
zarzal de la limpia rosa misionera,
breñal por donde se mete
el Cristo buscando ovejas,
milagro de la Conquista,
Caroní despeñado, Bucéfalo de América.

El sexto es un caballo alegre,
con el anca nevada de una garza llanera;
vio el engaño del Yagual
y la astucia de las Queseras,
buen amigo de Ulises, el Arauca de plata
fue el Caballo de Troya de los ríos de América.

Y el séptimo fue el río que bajó de los Andes
y cruzó el llano, espoleado por la Leyenda,
en el lomo le floreció un Centauro
injerto de tritón, que tomó Las Flecheras,
caballo del Prodigio, cimarrón de la Hazaña,
Apure es el Pegaso de los ríos de América.

Y a ti vinieron los siete caballos
 y entraron los siete por tus siete estrellas
 y tus siete heridas se te iluminaron
 cuando detuviste tu carrera,
 porque un hombre triste se aferró a tu lomo,
 y sentiste sus manos fuertes como dos riendas
 y marchaste con el hombre triste
 que te pesaba como un mundo... ¡y tan pequeño como era!
 y así fue que en tu espalda marchó Alonso Bolívar
 y fuiste el Rocinante de los ríos de América...

El Río de las Siete Estrellas

Una Pumé, la Hija de un Cacique Yaruro,
 fue conmigo una noche, por las tierras
 verdes, que hacen un río de verdura
 entre el azul del Arauca y el azul del Meta.
 Entre los gamelotes
 nos echamos al suelo, coronados de yerbas
 y allí, en mis brazos, casi se me murió de amores
 cuando le dije la Parábola
 del volcán y las siete estrellas.

Quiero recordar un poco
 aquella hora inmortal entre mis horas buenas:
 Sobre la sabana los cocuyos
 eran más que en el cielo las estrellas,
 no había luna, pero estaba claro todo,
 no sé si era mi alma que alumbraba a la noche
 o la noche que la alumbraba a ella;
 estábamos ceñidos y hablábamos y el beso

y la palabra estaban empapados de promesas
y un soplo de mastranto ponía en las narices
ese amor primitivo del caballo y la yegua.

Ella me contaba historias
de su nación, leyendas
que se pierden entre los siglos
como raíces en la tierra,
pero de pronto me cayó en los brazos
y estaba urgente y mía, coronada de yerbas,
cuando le dije la Parábola
del volcán y las siete estrellas.

Fue en el momento en que evocamos
al Orinoco de las Fuentes, al Orinoco de las Selvas,
al Orinoco de los saltos,
al de la erizada cabellera
que en la Fuente se alisa sus cabellos
y en Maipures se despeina;
y luego hablamos del Orinoco ancho,
el de Caicara que abanica la tierra,
y el del Torno y el Infierno
que al agua dulce junta un mal humor de piedras,
y ella quedó colgada de mis labios,
como Palabra de carne que hiciera vivo el Poema,
porque le dije, amigos, mi Parábola,
la Parábola del Orinoco,
la Parábola del Volcán y las Siete Estrellas.

Y fue así: La Parima era un volcán,
pero era al mismo tiempo un refugio de estrellas.

Por las mañanas, los luceros del cielo
se metían por su cráter,
y dormían todo el día en el centro de la Tierra.
Por las tardes, al llegar la noche,
el volcán vomitaba su brasero de estrellas
y quedaban prendidos en el cielo los astros
para llover de nuevo cuando el alba viniera.

Y un día llegó el primer llanto del Indio:
en la mañana del descubrimiento,
saltando de la proa de la carabela,
y del cielo de la raza en derrota
cayó al volcán la primera estrella;
otro día llegó la piedad en el Evangelio
y del costado de Jesucristo, evaporada de tristeza,
cristalina de martirio e impetuosa de Conquista,
cayó la segunda estrella.

Después, recién nacida la Libertad,
en su primera hora de caminar por América,
desde los ojos de la República
cayó al volcán la lágrima de la tercera estrella.

Más tarde, en el Ocaso del primer balbuceo,
en el día rojo de La Puerta,
nevado del hielo mismo de la Muerte
cayó el diamante de la cuarta estrella;

Y en la mañana de la Ley,
cuando la antorcha de Angostura chisporroteó sobre la guerra,

despabilada de las luces mortales,
sobre el volcán cayó la quinta estrella.

Y en la noche del Delirio,
desprendida de Casacoima, Profetisa de la Tiniebla,
salida de la voluntad inmanente de Vivir,
estrella de los Magos, cayó la sexta estrella.

Y un día, en el día de los días, en Carabobo,
bajo el Sol de los soles, voló de la propia cabeza
del Hombre de cabeza estrellada como los cielos
y en el volcán de la Parima cayó la última estrella.

Pero ese mismo día
sobre la boca del volcán puso su mano la Tiniebla
y el cráter enmudeció para siempre
y las estrellas se quedaron en las entrañas de la Tierra.

Y allí fue una pugna de luz,
una lucha de mundos, un universo en guerra,
y en los costados de su tumba,
horadaban poco a poco su cauce las siete estrellas;
que si no iban hacia el cielo
se desbastaban con sus picos la trayectoria de las piedras.

Hasta que llegó una noche
en que rotos los músculos del gran pecho de tierra,
saltó de sus abismos, cayó en una cascada,
se abrió paso en la erizada floresta,
siguió el surco de las bajantes vírgenes,
torció hacia el Norte, solemnizado de selvas,

bramó en la convulsión de los saltos,
 y se explayó por fin, de aguas serenas,
 con la nariz tentada de una sed de llanuras,
 hacia el Oriente de los sueños
 el Orinoco de las Siete Estrellas.

Angostura

En Angostura, el río
 se hace delgado y profundo como un secreto,
 tiene la intensidad de una idea
 que le pone la arruga de la Piedra del Medio.
 En Angostura, el agua
 tiene la hondura de un concepto
 y acaso aquí es el río la sombra de Bolívar,
 metáfora del alma que no cabe en el cuerpo.

Ved cómo viene, río abajo,
 pensad algo en el río sin vallas y sin puertos,
 ancho hasta el horizonte,
 caluroso como el Desierto.
 La barca es un instante en la vida del agua,
 una hoja en un árbol, una nota en un trueno,
 y en la barca venía la esperanza de América,
 un sorbo de hombre apenas, una pluma en un vuelo,
 la gota primeriza donde nace
 el Orinoco del Ensueño.

Y llegó aquí, a Angostura, en una playa primitiva
 atracó la canoa; vedle hundir en el suelo
 el tacón fino, con el pinchazo

de la avispa que quiere conocer su avispero;
seguidle, subiendo la cuesta
hacia la ciudad; un revuelo
de campanas anuncia su llegada, las casas
se endomingan de banderas y de letreros,
de Soledad arriban canoas con mujeres
como cestas con mangos y mereyes del tiempo.
Angostura gallea su jarifa prestancia
para gustarle al Héroe guapo que tenía los ojos negros.

Y cuando subió la escalera,
hacia la cumbre del Congreso,
y cuando volvió hacia la playa
con la República en el pecho,
¿qué fue, Orinoco, aquella luz
que te encrespó los músculos y te erizó los nervios
y sacudió tus hondas fibras
desde la planta de Maipures hasta el puño de Macareo?
¿No era la Patria acaso? ¿No era la Patria misma?
la patria secular que te nació en tu seno
y vivirá en los siglos, eterna como el Mundo,
porque si un día se nos muere te devolverás del Océano.

Coro de las provincias

Violento de armonía, en el tono de la resaca,
llega el coro de las siete provincias,
siete rostros adolescentes
en las siete ventanas
de las estrellas de la Autonomía.

Cantan. Canta con ellas la niñez de la Patria,
que la primera leche de los labios destila,
baja de las estrellas el primer hilo rubio
que cose en los maizales el botón de la espiga;
en el aula republicana
danza el coro de las provincias.
Pero danzan sobre la yerba
azul de fantasía,
sobre el cielo de Miranda
horadado de mástiles mientras navega la escuadrilla.

La palabra Guayanesa
no está en el coro de las siete ninfas,
y ellas invierten el camino del cielo
y hacia el Oriente navegan como las siete cabrillas;
y allí ven el milagro de la Tierra,
de un lado, el oro virgen da una franja amarilla,
hacia el Norte, del otro lado,
las Pampas de Oriente, rojas de Reconquista,
y en la mitad un río azul,
y allí se ven copiadas y en su centro se anidan.
Y así fue como el río dio su franja de cielo
que preside la danza de las siete provincias.

Evocación indígena

Subiendo hacia San Félix, donde el río enseña dos dientes,
donde el río enseña, bien cerrados,
los dos puños de Piar exprimiendo la Hazaña,
subiendo hacia San Félix vimos el arco iris
que hacía el arco indio sobre su cuerda de aguas.

Y entonces recordé, amigos,
aquella lección de Historia que leímos en la infancia,
la primera lección de Historia,
en que nuestra leyenda nos inaugura el alma:
Recordad la primera lección:
nos dice que Colón nos descubrió en su tercer viaje
y habla de las corrientes aquellas que detuvieron a Colón.

Simple clase de Historia, clara como una mañana
sencilla como el día de la primera novia,
sueño de las primeras madrugadas,
simple clase de Historia, como un día domingo,
con misa de ocho y ropa almidonada,
clase de Historia que nos cuenta el día
en que venían las carabelas de España,
mientras, ajeno a todo lo que del mar viniera,
para su novia, por los montes, buscaba flores Sorocaima.

Por el estrecho tempestuoso
las tres carabelas avanzan,
otra vela se iza en las espumas
que abanicán las piedras de la costa de Paria,
las tres carabelas vienen
pero del lado de los indios las veinte bocas las aguardan.

Y al enfilarse hacia el Océano libre,
una sombra se levanta;
abiertas las piernas sobre el Delta,
aferrado al suelo que sus tesoros guarda,
el Orinoco de muslos mojado,
que tiene oro en los pies y el Sol en las espaldas

y la cabeza entre los cielos,
 en una mano tiene un arco y con veinte flechas dispara,
 y luchan las tres naves por avanzar y en vano
 porque en el Delta le rechaza
 el viejo indio autónomo
 que nació en la Parima y creció en la Guayana,
 y tiende el arco indígena, sí, tiende el arco iris
 y lanza veinte flechas si vuelan veinte garzas...

La barca futura

Río de las Siete Estrellas,
 camino del Libertador,
 sangre del Corazón de América,
 ¡aorta que no sale del corazón!

Río delgado de las fuentes,
 río colérico de los saltos,
 río de las siete estrellas,
 que en la Fuente no llenas el hueco de las manos
 ¡y luego eres el sueño de un mar sin continencia!

Río brujo, que te pintas de todos los cielos,
 Río de La Urbana, planicie pampera,
 Río de San Félix, solución de gloria,
 Río de Angostura, cauce de la guerra,
 Río de Barrancas, Río de pensar
 cómo puede haber tanta agua en la Tierra,
 ¡Río de nuestra Esperanza,
 cuando la esperanza sea!
 ¡Río de nosotros, nuestro espejo mismo,

espejo de esta alma nuestra,
por la cual, incansable como tú de horizontes,
trasudamos en vueltas y revueltas!

No he de poner mis manos sobre tu lomo,
no he de pintar tus riberas,
que si en la izquierda tienes el corazón de las ciudades,
en la derecha levantas el brazo de las selvas;
no he de tocar tus aguas, tus millones de gotas,
que son el diezmo de las cumbres para el culto de las praderas;
no he de caminar por tus ondas,
que ya vendrá el maestro caminando por ellas.

Sólo quiero ensanchar los ojos
hacia el desfile futuro que por tus aguas navega
y hacia el desfile del pasado,
hacia la realidad y la promesa,
hacia la barca de Antonio Díaz
y hacia el hondo sueño en que sueñas
con la proa del acorazado,
como los niños campesinos con su vapor de cuerdas,
con el barco de acero
que avance hacia tus fuentes aureolado de velas
y parada en el tope la paloma del Iris,
abierto el pecho por tus Siete Estrellas...

La barca del pasado

Y ahora, vuelvo los ojos
hacia la síntesis del Canto,
hacia la barca del Pretérito,

de parda vela y el bauprés sangrado,
tu propia barca, donde tú venías,
piloto de ti mismo, timonel de tu barco,
donde venía la Patria recién nacida,
como Moisés entre sus mimbres, por donde Dios quiso llevarlo.

Caracas fue la cuna
y Angostura la eternidad.
Por los montes andaba la Patria sin bautismo,
cuando llegó a los llanos, curva de caminar,
y entre tus aguas se fundió contigo
y fue contigo un solo llanto y un solo rugido tenaz.
Y bajaste con ella. Te cabalgó. Su trenza
era la espiga del escudo y tú eras el caballo sin paz.

Surcaste las tierras crucificadas
y en Angostura le diste tu agua lustral
y seguiste con ella: ¡allá va la República!
y en las bocas se hace veinte patrias más
y se asoma a tus veinte labios
cuando se va acercando al mar
y el mar alza en hostias su mejor espuma
y en las veinte bocas te pone la sal.

Padre del Agua, Orinoco de las Siete Estrellas:
cayó en tus aguas mi parábola
como un llanto en el fondo de una mano abierta.
Si el mar te bautiza con la sal del mundo,
Río de la Patria de las Siete Estrellas,
mi Parábola, desnuda,
mi llanto manado de una herida nueva,

te caiga en el fondo y a la mar se vaya
y en el mar se espume y suba en la niebla
y en la nube viaje
y en la montaña llueva
y salte en la fuente y a tus aguas torne
y arda en el brasero de tus Siete Estrellas...

Aguas del Orinoco, noviembre de 1927.

SALOBRE**LAUDE A BUDHA**

Oh Sidharta Gautama, tú tenías razón.

NERVO

¡Oh, Sakyamuni Budha,
Mendigo del Nepal, Niño de Oro,
que al sordo cuenco y a la lengua muda
concertaste en el diálogo sonoro!

¡Príncipe del Amor, Epifanía
de las manos abiertas,
ráfaga de la eterna lejanía
que sopló la Inmortal Sabiduría
sobre el silencio de las cuatro puertas!

Sales, ¡oh Budha Blanco!, de ti mismo e inquieres
en tu propia corteza, para hallarte a ti mismo,
} en tu escondido corazón prefieres
cinco discípulos a diez mujeres,
porque ellos son la senda y ellas son el abismo.

Por tu humildad, que te trocó en hermano
del pestoso, del pobre y del villano
y convirtió en harapos tus arreos
y en pedigüeña la opulenta mano;
por la renunciación de tus deseos;
por el filo que corta tu prócer cabellera;

por tus meditaciones sobre lo que no existe,
cuando en silencio de bandada triste
poblaste de alas blancas la angustia de la higuera;
por la eficacia de tu sufrimiento;
por la profundidad de tu ternura;
por tu sonrisa helada en el portento,
sereno Bhagavat de trenza oscura,
a tus pies, vertical y pensativo,
planta mi trigo virgen su tesoro:
tus pies son las raíces de un olivo
que me harán florecer en granos de oro...

¡Salve, esencia proteica, que en nube, en flor y en flama
te repites en ciencia y en perfume y en normal!
Bodhidarmo es la intensa proyección de Gautama
que al través de los siglos dinamiza la forma.

Yo, que a cinco discípulos hubiera preferido
una sola mujer; yo, que al anciano
nunca tendí la mano;
yo, que no abrí mi casa al perseguido;
yo, que mordí las ancas de la oveja inocente
y arrasé mis frutales
y di la flor al agua y el fruto a la serpiente;
yo, que de mis panales
tomé la miel y desterré la abeja;
yo, que llené de barro los umbrales
donde la honestidad me abrió su reja;
yo, que rompí la intrepidez del canto
sobre la boca azul de la sirena
y abrí sendas de llanto

y abrí surcos de pena,
yo vengo a ti; contra mi ser gravita
y está ya hiriendo la segur pasada;
quede en mi carne tu piedad inscrita
bajo la aguda luz de tu mirada.

Quiero sentir el gozo revelado
que al imperial durmiente llenó de pesadillas;
¡cuánto me busco y nunca me he encontrado!;
quiero, Señor, sintiéndome a tu lado
mirar mis interiores maravillas...

Yo quiero hablarte en el idioma intacto
que abrió a tu paso inéditos cariños,
en una lengua cándida, sencilla, como un acto,
en la lengua del ángel, en el indio del pacto
o en el chino celeste de los niños.

Y juntar a tus pálidos reflejos
la inmensidad de Cristo, la luz de Zoroastro,
para así contemplarte, cerca o lejos,
desde cerca, una hoguera; desde lejos, un astro.

Y con Cristo y contigo,
como con dos antorchas que alumbraran mi calma,
dejar toda la carne al enemigo
y echar por mi interior, buscando un alma.

Y si tú me sonríes, entonces en el hombre
florece el espíritu domesticado y diestro
y escribiré para alabar tu nombre,

en un grano de arroz un padrenuestro.
Y llegará hasta mí, grave y clemente,
como en un sueño de transmigraciones,
tu amor, que es como un río de invertida corriente,
que del mar se devuelve, buscando hacia su fuente
el Himalaya de los corazones...

1923

LAS UVAS DEL TIEMPO

Madre: esta noche se nos muere un año.
En esta ciudad grande todos están de fiesta;
zambombas, serenatas, gritos, ¡ah, cómo gritan!,
claro, como que todos tienen su madre cerca...
Yo estoy tan solo, madre,
¡tan solo!, pero miento, que ojalá lo estuviera;
estoy con tu recuerdo y el recuerdo es un año
pasado que se queda.

Si vieras, si escucharas este alboroto: hay hombres
vestidos de locura, con cacerolas viejas,
tambores de sartenes,
cencerros y cometas,
el hálito canalla
de las mujeres ebrias,
el Diabolo con diez latas prendidas en el rabo
anda por esas calles inventando piruetas
y por esta balumba en que da brincos
la gran ciudad histérica,
mi soledad y tu recuerdo, madre,
marchan como dos penas.
Esta es la noche en que todos se ponen
en los ojos la venda,
para olvidar que hay alguien que está cerrando un libro,
para no ver la periódica liquidación de cuentas,
donde van las partidas al Haber de la Muerte,
por lo que viene y por lo que se queda,

porque lo que sufrimos se ha perdido
y lo gozado ayer es una pérdida.

Aquí es de tradición que en esta noche,
cuando el reloj anuncia que el Año Nuevo llega,
todos los hombres coman, al compás de las horas,
las doce uvas de la Nochevieja.

Pero aquí no se abrazan ni gritan: “Feliz Año”,
como en los pueblos de mi tierra;
en este gozo hay menos calidad; la alegría
de cada cual va sola y la tristeza
del que está al margen del tumulto acusa
lo inevitable de la casa ajena.

¡Oh, nuestras plazas, donde van las gentes,
sin conocerse, con la buena nueva!,
las manos que se buscan con la efusión unánime
de ser hormigas de la misma cueva;
y al hombre que está solo, bajo un árbol,
le dicen cosas de honda fortaleza:

—¡Venir, compadre, que las horas pasan,
pero aprendamos a pasar con ellas!

—y el cañonazo en La Planicie
y el Himno Nacional desde la Iglesia,
y el amigo que viene a saludarnos:

—Feliz Año, señores —y los criados que llegan
a recibir en nuestros brazos
el amor de la casa buena.

Y el beso familiar a medianoche:

—La bendición, mi madre.

—Que el Señor te proteja...

Y después, en el claro comedor, la familia
congregada para la cena,
con dos amigos íntimos y tú, madre, a mi lado,
y mi padre, algo tiste, presidiendo la mesa.
¡Madre, cómo son ácidas
las uvas de la ausencia!

¡Mi casona oriental!, aquella casa
con claustros coloniales, portón y enredaderas,
el molino de viento y los granados,
los grandes libros de la biblioteca
—mis libros preferidos: tres tomos con imágenes
que hablaban de los Reinos de la Naturaleza—.
Al lado, el gran corral, donde parece
que hay dinero enterrado desde la Independencia,
el corral con guayabos y almendros,
el corral con peonías y cerezas
y el gran parral que daba todo el año
¡uvas más dulces que la miel de las abejas!

Bajo el parral hay un estanque,
un baño en ese estanque sabe a Grecia;
del verde artesonado, las uvas en racimos,
tan bajas, que del agua se podría cogerlas,
y mientras en los labios se desangra la uva,
los pies hacen saltar el agua fresca.
Cuando llegaba la sazón tenía
cada racimo un capuchón de tela,
para salvarlo de la gula
de las avispas negras,
y tenían entonces

una gracia invernal las uvas nuestras,
arrebujadas en sus telas blancas,
sordas a la canción de las abejas...

Y ahora, madre, que tan sólo tengo
las doce uvas de la Nochevieja,
hoy que exprimo la uva de los meses
sobre el recuerdo de la viña seca,
siento que toda la acidez del mundo
se está metiendo en ella,
porque tienen el ácido de lo que fue dulzura
las uvas de la ausencia.

Y ahora me pregunto:
¿Por qué razón estoy yo aquí?, ¿qué fuerza
pudo más que tu amor, que me llevaba
a la dulce anonimia de tu puerta?
¡Oh, miserable vara que nos mides!
el Renombre, la Gloria... ¡pobre cosa pequeña!
cuando dejé mi casa para buscar la Gloria,
¿cómo olvidé la gloria que me dejaba en ella!

Y ésta es la lucha ante los hombres malos
y ante las almas buenas;
yo soy un hombre a solas en busca de un camino;
¿dónde hallaré camino mejor que la vereda
que a ti me lleva, madre, la vereda que corta
por los campos frutales, pintada de hojas secas,
siempre recién llovida,
con pájaros del trópico, muchachas de la aldea,
hombres que dicen –Buenos días, niño–

y el queso que me guardas siempre para merienda?
Ésa es la gloria, madre, para un hombre
que se llamó Fray Luis y era poeta.

¡Oh, mi casa sin críticos, mi casa donde puede
mi poesía andar como una Reina!
¿Qué sabes tú de formas y doctrinas,
de metros y de escuelas?
tú eres mi madre, que me dices siempre
que son hermosos todos mis poemas;
para ti, yo soy grande, cuando dices mis versos,
yo no sé si los dices o los rezas...
Y mientras exprimimos en las uvas del Tiempo
toda una vida absurda, la promesa
de vernos otra vez se va alargando
y el momento de irnos está cerca
¡y no pensamos que se pierde todo!
Por eso en esta noche, mientras pasa la fiesta
y en la última uva libo la última gota
del año que se aleja,
pienso en que tienes todavía, madre,
retazos de carbón en la cabeza
y ojos tan bellos que por mí regaron
su clara pleamar en tus ojeras
y manos pulcras y esbeltez de talle,
donde hay la gracia de la espiga nueva,
que eres hermosa, madre, todavía
y yo estoy loco por estar de vuelta
porque tú eres la gloria de mis años
¡y no quiero volver cuando estés vieja!...

Uvas del tiempo que mi ser escancia
en el recuerdo de la viña seca,
¡cómo me pierdo, madre, en los caminos,
hacia la devoción de tu vereda!
y en esta algarabía de la ciudad borracha
donde va mi emoción sin compañera,
mientras los hombres comen las uvas de los meses,
yo me acojo al recuerdo como un niño a una puerta.
Mi labio está bebiendo de tu seno,
que es el racimo de la parra buena,
el buen racimo que exprimí en el día
sin hora y sin reloj de mi inconsciencia.
Madre, esta noche se nos muere un año;
todos estos señores tienen su madre cerca
y al lado mío mi tristeza muda
tiene el dolor de una muchacha muerta...
y vino toda la acidez del mundo
a destilar sus doce gotas trémulas,
cuando cayeron sobre mi silencio
las doce uvas de la Nochevieja.

Madrid, medianoche del 31 de diciembre de 1923

LA VACA BLANCA

De un amor que pasó, como un paisaje
visto del tren, cuando se va de viaje,
de un romance de un mes, en un cobijo
del llano, una mujer me dejó un hijo.

Ella murió y abrieron una fosa
y allí metieron el residuo humano
y una cúpula azul sobre una losa
fue el mausoleo: el cielo sobre el llano.

Y me dejó un pequeño
así de grande y como flor de harina,
con unos ojos como para un sueño
y el laberinto de su lengua china.

Yo vine de muy lejos para verle. Tenía
las pestañas muy largas; me miró fijamente
y me mostró la lengua bajo la calva encía,
con una picardía
de granuja que dice: —¿Qué me verá esta gente?—

Tuvo hambre. Yo anduve de covacha en covacha
comprándole su leche al niño ajeno;
cada vez que encontraba una muchacha,
con cierta gula le miraba el seno.

Había seis mujeres;
eran cinco doncellas y una vieja arrugada;

eran diez pechos para los placeres
y dos que no serán para nada.

Pasé por el corral y hallé en la puerta
la vaca blanca y su ternera muerta.

Y se vino hacia mí la vaca blanca,
una estrella en la frente y una cruz en el anca...

Mi niño era de nieve; su ternera, de armiño;
por su ternera, yo le di mi niño.

Y era aquel despertar por la mañana,
cuando rompía el sueño
el mugir de la vaca en la ventana
y el breve ordeñador iba al ordeño.

Y aquella boca en el pezón colgante
y aquel mirar de vaca, mansamente,
y después, él delante
del testuz, y la vaca le lamía la frente.

Hoy le enterramos. Vino
la fiebre y en dos días se me fue. En el camino
he encontrado la vaca; por la tierra albariza
se acercaba a lo lejos su dolor de nodriza...

Los dos nos arrimamos, y se puso a mirarme,
en la frente dolida se le avivó el lucero
y sus ojos remotos parecían hablarme
del dolor que le daba de perder mi ternero.

Y la nodriza y todo
cuanto del llano tuve, se me quedó en el llano...

La vaca me miraba..., me miraba de un modo,
que yo sentía la angustia de tenderle la mano...

1922

LOS NAVEGANTES

A Luis Felipe Blanco Meaño

¡Qué ciencia tan rebelde, hermano mío,
es esta ciencia
de saber renunciar!
Te escribo junto al mar; hay un navío
que está dejando el puerto; es la evidencia
de una cosa terrestre que se resigna al mar.

No sé por qué esa vela
me dice tanto de mi propia vida;
la miro sobre el mar y paralela
a la estela que deja su partida,
va dejando en mi espíritu otra estela.
No sé por qué me inclino
a asociar a mis cosas el éxodo marino.

Aquel patrón que va cantando a popa,
quizá dejó en su casa una mujer.
¿Europa? ¿Nueva York? ¿Qué vale Europa
para aquel marinero que renuncia a querer?

¿Recuerdas la muchacha que tanto bien me hizo
y tanto mal?, aquella muchacha que fue toda
mi juventud; el talle pujante, noble el rizo
y el hablar extenuado, como velo de boda...

Pues bien, ya se ha marchado;
anoche salió un buque para un mundo distante;
ella embarcó, yo estaba con ella y a su lado
sentía ya la ausencia total del emigrante.
Hablamos en la borda, viendo al puerto:
Ella se marcha para no volver;
es necesario renunciar, es cierto,
pero no debe ser.

Nos despedimos, y su mano
entre las mías quiso acurrucarse,
como si en su terror por lo lejano
buscara algún rincón donde quedarse.

Me dio una rosa y luego, pesada y silenciosa,
se desprendió la nave;
¡tuve un ansia de alas!, mas deshojé la rosa
con la crueldad de quien despluma un ave.

Y me fui por la playa. Hacia el abismo,
la noche era más noche tal vez; acaso el mismo
mar aporta otra noche a la noche del cielo;
había en el silencio de mi duelo
la quietud que sucede al cataclismo.

De súbito, a lo lejos
apareció el navío a todo andar,
cien luces en el casco, cien en los aparejos,
y allá en el horizonte, mentían sus reflejos
una constelación que roza el mar.

Y yo veía
desde mi lejanía
brillar aquellas luces en el confín siniestro,
con una sed de lucha, de agresión, de castigo,
como se ve a lo lejos la luz de un pueblo nuestro
que nos haya tomado el enemigo.

Pero es inútil; esto era preciso
y además, todo está muy bien;
si vino, Dios lo quiso;
ahora que la pierdo, Dios lo querrá también.

Debe ser justo, pero yo que quiero
tanto aquella mujer que se me ha ido,
aunque pienso que Dios es justiciero,
pienso que Dios es justo porque nunca ha querido.

Ya ha despertado el día,
el mar se tiñe del amanecer,
y yo aquí, todavía,
queriendo ver lo que no puedo ver.

El barco no se ve, mas lo presiente
mi ser, polarizado hacia el Oriente.
Mi terca rebelión todo lo abarca,
por sobre el mar, tras su visión me pierdo
y así desde mi playa hasta su barca
¡prolonga su península el Recuerdo!

Pero estoy en la playa bruta y desafiadora,
sin nada que me endulce lo amargo de esta hora,
sin árbol ni remanso, sin más dolor que el mío...
¡Qué bien, Señor, me sentiría ahora
si junto a mí desembocara un río!...

1923

COMPLEMENTO

En mil palabras esta mañana,
te dije apenas
una cuarta parte
de mis penas.

Y ahora, en cuatro palabras
sin dolor,
me cabe holgado todo
el Amor.

El dolor de la mañana
no alcanzará a ver la luna,
porque para sus mil palabras
el Amor tiene una...

No es que la pena sea más grande,
es cosa de Dios,
que hace una pequeña y otra grande
y grandes las dos.

Caracas, 25 de agosto de 1928

LA MUJER DE SAL

¡Oh, blancura imposible de la Amada imposible!
¡Por todos mis desvelos cruza, como un fantasma
como un jirón de invierno, su carne sin penumbras,
inverosímilmente blanca!

¡Oh, blancura imposible,
que integra mis delirios y va sobre mi alma,
con la apariencia leve de un sudario
y la verdad de mármol de una lápida!

Si alguna vez la viste, filósofo ambulante,
devanador de calles, enredador de plazas,
tejedor de monólogos, si alguna vez la viste,
di si es verdad que te espantó mirarla.

El resumen de todas las blancuras
en Ella se anidó, como una garza,
y fue en sus manos un sopor de ovejas
y fue lienzo de altar en su garganta.

Vibrante, musical y suspendida
sobre la tierra, su blancura se alza
y va floreando bajo el alto cielo
como un arbusto bajo una nevada.

Blancura universal, ¡cómo te miro
resumida, al mirarla!
¡El blancor de estos días tercamente lluviosos;

las estatuas de mármol recién inauguradas;
el estertor de la pechuga exangüe;
el rueda que la mar prende a su falda;
la capa voladora del beduino
y sus tiendas errantes, palomar del Sahara;
los caminos ahogados en la arena;
al fondo de los árboles, la pared de una casa;
las tumbas escondidas en la noche;
el cirio iluminando la mortaja;
el yacente livor del esqueleto
que el cincel del gusano cincelara;
esas frases inéditas, alargadas de aes,
con que los sordomudos desahogan su rabia;
la gota de azahar sobre las bodas,
y en la suprema hora de las ansias,
en el instante de aflojar los brazos,
aquel blanco en los ojos de la mujer cansada!

Blancura universal, ¡cómo te miro
resumida, al mirarla!
¡El remoto dolor de los pañuelos
que aletean de adioses en la playa;
las velas de cien barcos bajo el sol, que parece
que un gran lirio se hubiera deshojado en la rada;
las nubecillas huérfanas que entristecen los cielos
con la miseria de su buche de agua;
la alegría lustral del primer diente
que en la frescura del pezón se clava
y en la inquietud de una cabeza negra
la aguja cruel de la primera cana;
el alba, cuando bajo los rayos del ordeño

se amanece de leche la penumbra del ánfora;
 el pan de trigo antes de entrar al horno;
 el lecho albar que está estrenando sábanas
 y la cuerda del patio, con la ropa
 que ponen a secar por la mañana!...

Mucho de amargo y mucho de imposible
 tiene, en verdad, la carne de la Amada;
 en Ella hay la amargura de esas drogas blanquísimas,
 y es imposible como el Himalaya.

Su carne es la Primera Comunión de la Carne,
 y tiene lo intocado de las páginas
 donde no escribió nadie, porque esperan la mano
 que escriba con su sangre la Primera Palabra.

¡Mujer de Nieve, inédita de los llanos polares!
 ¡Mujer de Sal, como la vieja Estatua!
 Cuando duerme, su rostro
 se debe confundir con la almohada,
 y cuando muera la creerán dormida,
 porque después de muerta no podrá ser más pálida.

¡Mujer de Nieve, efigie de la Muerte,
 Mujer de Sal, Estatua!
 Si has de venir a mí, ven por la senda
 más nocturna o más blanca;
 así te fundirás en el camino
 y yo no te veré hasta la llegada.

Vendrás diciendo una palabra hueca,
con muchas aes y la voz muy baja;
tus dedos azulados palparán la tiniebla,
y un collar de corales, ciñendo tu garganta,
suspenderá hasta el vértice de mis presentimientos,
la evocación de las descabezadas.

Mujer de Sal, Mujer de Nieve, siento
como un largo vahído tu blancura en el alma,
y voy a ti como al abismo el ciego,
aunque presienta que has de ser mañana,
como la Muerte, fría e impasible
y como la Mujer de Lot, amarga...

PLAYA

A Alberto La Riva

PLAYA

I

Aquí, Marinero,
 te dejo un momento mi canción;
 mientras yo voy agua adentro,
 te dejaré en tu playa mi canción, Marinero.
 Así te la dejaré todos los días;
 mientras yo esté con el rostro bajo el agua,
 ella quedará entre tus manos,
 respirando el aire de tierra;
 cuando yo regrese volveré a tomarla
 de tu mano dura de timón y cuerda.
 No te muevas de aquí de este peñasco;
 guarda mi canción, Marinero,
 hasta mi vuelta;
 tenla un momento entre tus manos,
 arriada como una vela.

II

¿Dónde está mi canción? ¡Marinero!
 Te quedaste dormido
 mientras yo buscaba agua adentro
 y te robaron mi canción, ¡Marinero!
 Mudo, como tus peces
 y angustioso como tus naufragios

¿me has dejado en la playa!

¿Cómo fue que no sentiste
cuando te robaron?

¿No te expandió los puños la evasión de mi canto
como un hipo de vela que se izaba?

¿No sentiste que se te escurría
con la escota la botavara?

III

No, amigo –dijo el Marinero–

yo estaba despierto y tenía
tu canción metida en el puño;

pero la Mar vino por ella
y yo soy marinero de la Mar.

La Mar vino reclamando
tu canción para navegarla...

¡Y cómo estaba de hermosa entonces
la Mar! No podía negarme
y le di la canción que pusiste en mis manos.

¿Cómo estaba de hermosa! Venía
la Mar, vestida de mujer;
tenía dos olas en los ojos,
que empujaban una espuma de luz,
tenía los cabellos con estrellas y algas
y con corales los labios marinos
y la cubría toda el peplo de las aguas
y cuando se bebía tu canción
le vi un caracol en la garganta.

Mira cómo florece la Música en la playa.

INFORMALIDAD

Yo no tengo noción del tiempo.
Mi corazón es un reloj
que de meditar las horas
se atrasó.

Cada minuto lo cavila,
cada segundo lo contempla
y con esa noción del tiempo
a ninguna parte se llega.

Yo siempre llego a todas partes
una hora después
o una hora antes,
porque mi corazón, por momentos,
se detiene, para escucharse.

Yo no tengo noción del tiempo,
por eso pienso muchas veces
que cuando muera, moriré
después del día de mi muerte.

PALABRAS DEL CAMINANTE LOCO

Dijo el Caminante:

—Un verso un Poema, es un minuto,
pero ya ves:
un verso es el minuto
que nos salva del mes.

Ahora bien, lo mejor sería
no escribir ni pensar,
sino poner un siglo en una obra buena
y no preocuparse más.

Patria, Amor, lo que quieran;
hacer por eso algo sin mentira,
sin palabra, sin adorno, sin ritmo,
pero, que adentro se le escuche latir.

Un gesto, un grito, un beso:
hacer eso
sin escribir nada,
ése sería el poema mejor,
y si hubiera dolor adentro,
hacer un llanto solo, sin tocar el dolor.

Pero ¿cómo haríamos un llanto
sin que se nos viera llorar?
¡Ah! ¡That is the question!
¡hacerse agua la boca y tragar sal!
Los ojos y el mar se comprenden:
son los únicos que hacen sal
sin generación espontánea
y sin química y sin llorar...

(¡Perdón, la Muerte también
tiene su salsa peculiar!)

No caigamos en confesiones,
que no estaríamos bien;
lo hermoso o lo espantoso
son golpes de luz
—lo verdaderamente estúpido
es el sentido común—.
Yo te quiero, Novia,
y te voy a querer todavía,
no entremos en confesiones
porque todo se acabaría.
No comentemos. Sería
cuento de nunca acabar;
usemos la flor exótica
y dejémonos comentar.

No hagamos versos:
sugestiónate un poco
y supón que esta hoja
está en blanco y no dice nada,
pero acuérdate de mis ojos,
y escribe tú sobre la página.
Nadie sabe lo que quiero,
pero quiero demasiado
y no sé quién me va a quitar
este inconveniente del costado.

Ni en mí mismo me sostengo
ni en ti... ¿cómo podría

si esto es como lirio de agua
y las raíces no se fijan?
¡Ay, cristales de la mañana,
cómo se me agarra la envidia
a esa mariposa rayada
que tiene una esperanza de un día!

¡Cuánto tiempo hace,
Señor, que espero,
hacer el poema
sin freno,
con todo mi dolor y toda mi rabia
y toda mi alegría
y decir esa palabra
que lo mejor que tiene es no decirla
esa palabra maravillosa,
tremenda, radiante, dulce, caníbal,
esa palabra insoportable
que no haya que hablarla para que se diga!

¡Ah, Señor de los cielos!,
en vez de entrar al Cielo
con una bata blanca y una rama de lirios,
qué bueno sería
morirse de pronto, llegar a los cielos
con un cigarrillo en los labios,
pero dejando al labio que cante
y abrir la puerta y decir: —¡Buenos días,
Señor Dios!— ¡y seguir adelante!
Tienes tu huerto,
tu paraíso de poetas.

¡Bendita seas en él! ¡El verso
te inciense, te mirre y te dore,
siempre que seas!
Nunca me enseñaste tu huerto.
Nunca me dijiste: —¡Pasa,
aquí hay flores, yo tengo un huerto!—
Ni te he probado de tus frutas
ni te he escuchado tus jilgueros.
Déjame pasar a tu lado
y sigue hermética. Déjame
con mi papel de caminante,
que yo te diré: —¡Buenos días,
Señora Diosa!... —y seguiré adelante...

Dijo el loco... y siguió la marcha
por un camino sin caminante...

ELEGÍAS

ORACIÓN DEL SÁBADO

(Mi Padre)

¡Me complace tanto,
Padre mío muerto,
poner al frente de mi Canto
a tu memoria suprema
aquel símbolo del árbol en el puerto,
que tanto amabas al principio de mi Poema!
El viejo símbolo del tronco junto al mar
o de la columna derribada
es más simple para quien quiere cantar
sin inventar nada.
Recuerdo... eso es todo: visión
del buen tiempo tuyo sobre el mar de Occidente...
Yo me hundí hasta los hombros en el Mar de Colón
y tu luz estaba en mi frente...

Entonces tenías tronco seco,
Padre, pero en el cielo la cerviz;
ahora te has plegado en ti mismo hasta el hueco
y eres sólo raíz.

Blanca la copa era y móvil en el viento
y dulce y ágil tu verdad
y ahora es lo más triste de tu eterno momento
la retama de la inmovilidad.

Recuerdo... ése es todo mi Canto,
Padre, fugaz como una estela,
un camino que va del camposanto
a la Escuela.

Te recuerdo, joven y fuerte,
con cierta amargura transitoria;
–tu buena madre murió al tenerte
y eso no se borró de tu memoria–.

Eras Poeta y Médico y no es raro
que fueras algo loco;
escribiste un soneto a Bolívar, muy bello;
eras Poeta... ¡claro!
de ti me viene un poco
de “aquello”...

Fuiste el discípulo amado
del Colegio de la Ascensión
que hoy tiene en la puerta un soldado
y en el patio una guarnición.

En una plaza amarilla de abrojos,
Rector de tu Colegio, diste el latín y el griego,
diste luz, Tú, y un mal saltó a tus ojos
y por poco te deja ciego.

Amabas tu golfo y tu cielo
y el pueblo chiquitín donde naciste
donde está la tumba de mi abuelo
y de mi abuela que no conociste.

Pasó el caballo de la Guerra
por mi casa y le brincaste al anca
y diste tu pan y tu tierra
por una bandera blanca.
Fuiste a la cárcel; yo te vi
una vez en tu calabozo:
tu Virtud sonreía allí
como un lucero en un pozo.
Mi hermano te llevaba la comida; las fieras
te decomisaron las barajas
y en los campos con las banderas
blancas hacían mortajas.

Después te confinaron a la Isla y la amaste
como lo amaste todo, la libertad y el cautiverio,
y a los cinco años le sembraste
la flor de una hija en el cementerio.

Cuando vinimos aquí ya eras magro
como un principio y dulce y grave y yermo
y te metías como un milagro
entre la casa del enfermo.

Eras sabio y te bebías
la noche, como un estudiante,
sabiendo más todos los días
y amando mucho más a cada instante.

¡La Ciencia! Tu Ciencia era la calma
de una esperanza superior,
la bigamia de tu alma

que compartía nuestro amor.
Y nunca la ejerciste rudo y con suficiencia,
tú eras un ansia de saber para curar;
espiar a Dios era tu Ciencia:
alzar una cortina con sigilo y mirar...

Junto al enfermo se te sentía
Apóstol; tu sonrisa curaba cada día
más que la Ciencia acaso; ¡cuántas veces la yema
de tu dedo en el pulso adivinó la Muerte!,
pero en tu rostro manso la sonrisa suprema
daba una fe tan grande, que curabas con verte.

¡Sobre cuánto corazón
tu cabeza blanca fue a auscultar la vida!
¡Tu cabeza de algodón
sobre el corazón de la herida!

Pero donde eras más santo
era curando a un niño;
tus manos se aniñaban para no dar quebranto;
para auscultarle el pecho sin provocarle el llanto
le dabas de juguete tu cabeza de armiño...

Y te estabas frente al cuerpecillo
del niño que no habla, descubriendo su mal
y dabas vueltas a tu anillo
e ibas viendo con tu celestial
virtud de adivinación
en el globo del cuerpo de cristal
el pez rojo del corazón.

Padre, en la Cátedra tu dulce verbo era
la metáfora de la corriente
que lleva flores en la cabecera
y las deja encalladas en el pilar del puente,
para que las recoja la pasajera
y el profesor omnisapiente,
y el traficante que va de carrera,
y el novio ausente,
y la hija de cualquiera,
y el hijo de toda la gente,
y el estudiante calavera,
y la mano nevada por el jabón reciente
de la muchacha lavandera
que encuentra florecida su espuma de repente.

Padre mío, perpendicular al suelo,
luminoso de canas,
como el sol en medio del cielo,
a plomo sobre las sabanas.

¡Amigo mío, sin paralelo,
amigo sin codicia y sin celo,
amigo de todas las tardes y de todas las mañanas!

Tu amistad era de modo
que tu amigo era bronce si tu amigo era lodo;
tú no tenías sino amor para todo.

Al noble compañero que te dio la mano
le quisiste como a tu hermano

y al que tuvo el corazón incapaz
le diste el tuyo y le dejaste en paz.

Gozaste la delicia de vivir ignorado
y ésa era tu soberana vanidad,
la vanidad de sentirte honrado
y de decir la verdad.

Padre mío, me amaste como a Dios en la vida,
con un amor inmaterial;
me quisiste Poeta; no te importó la herida
que pudiera dejarme el mal;
podía tanto tu razón suspendida a lo espiritual
que me querías pobre, pero Poeta... Asida
tu mano a mi hombro en mi noche triunfal,
me dijiste, llorando tu delicia escondida:
—Tú eres mi orgullo y mi caudal...

Y ahora encuentro en todo mi nombre en tus papeles
y un verso mío a cada paso
y el laurel de todos mis laureles
es ese orgullo tuyo de tu vino en mi vaso.

He buscado en tus ropas. ¡Y encontré tantas cosas
tuyas!... recetas; el reloj; mi retrato;
medallas; un pañuelo de seda oliendo a rosas;
cuentas, facturas, prosas,
alguna carta que te dio un mal rato,
un rosario pequeño de Limpias o de Roma
y aquellos versos que algún día

tendrá que agradecer a tu energía
todo varón que el propio pan se coma...

Y en un bolsillo estaba
—¡oh Padre, buen amigo!—
con la calderilla para el mendigo
el guante de la mano que la daba.

Estabas floreciendo de nuevo en estos días,
Padre; soñabas un mes en la Riviera,
suspirabas por el París de tus alegrías,
Sevilla en días santos o Italia en Primavera.
No adivinaste que te morías
y moriste de pronto, sin saberlo siquiera...
Dios dormía esa noche, porque de otra manera
aquí, en tu silla larga, junto al patio estarías...

En una misma cama se han dormido
mi madre y mis hermanas. Todo es negro en el lecho
y el llanto entresoñado tiene el mismo latido
de aquel buen corazón que se paró en tu pecho.
Su orfandad es tan mansa
que parece la sombra de tu luz que descansa.
Y allí duerme la Madre, la hermosa novia aquella
que junto al mar te enamoró
y una noche tal vez, bajo una estrella,
soñó en un hijo tuyo, poeta, como yo...
En la casa de luto
se cerró la ventana, se amortiguó la planta;

nada ha sabido el turpial disoluto
y canta más porque más nadie canta...

Sí, Padre Mío, canto yo... por cuanto
cantamos dos, es cierto,
como si tú estuvieras floreciendo en el puerto
y el ave y yo nos complacemos tanto
que el turpial en tus ramas va a comenzar un canto
y yo, abrazado al tronco de mi símbolo muerto,
morderé, Padre mío, la raíz de mi llanto...

Caracas, febrero de 1927

ÁRBOL

Para la tumba de mi padre
el Escultor hizo un Árbol.

Un tronco, sin hojas,
que estará sobre la tumba
y será la semilla de huesos de mi casa.

Un Árbol fue siempre el símbolo
de mis mejores momentos,
de mi instante más amargo,
de mi futuro quieto y feliz:
mi Poema a España, la copa de la encina;
mis dos muertos, la resina,
y yo mismo mañana la raíz.

El Árbol fue mi metáfora por excelencia;
por él subí hasta cantar sobre el pimpollo;
en su tronco mordí hasta el jugo áspero,
por él bajaré a los cimientos
pero acaso me deje arriba un nido.
Por ahora,
comeré el fruto junto con la avispa
y escribiré un nombre en la corteza
y repartiré la semilla y la hoja:
a los buenos, la hoja verde,
a los simples, la semilla,
a los malos, la hoja seca.
Este tronco de Árbol, sin ramas ni hojas,

tiene de la Muerte lo fuerte y lo triste
y lo combatiente.

El Escultor lo quiso así
y Dios también:
Ved el alma desnuda que se va
y la Esperanza y la Ciencia
de torso atlántico,
de muslo de estalactita,
de brazo de península,
quieren retenerla y combaten,
pero la Muerte es segura
y a un lado está el Desaliento
y el alma desnuda ya está arriba
a punto de salir por la puerta del cuerpo;
el verano del tronco sin hojas
se resiente al invierno de la raíz de huesos...
Lo demás es un leñador
que tiene brazos de acero.

El Escultor, isleño y abrupto,
medio marino y medio herbolario,
un poco de contrabandista
y con mucho de “Quiero” en la mano patrona,
podría, con el cincel y con el martillo,
labrar sobre un acantilado
un alga de piedra,
o en la roca de uno de esos cabos nocturnos
—cabo Codera, cabo Unare—
tallar la rosa de los vientos
que hace volar en su tomo al Ulises de la nube

y sentarse a considerar
cómo el alfilerazo de los alcatraces
golpea el acero del mar
y hace saltar la chispa de un pez,
cómo el viento pega sobre la ola
y hace una instantánea de sal,
cómo la ola esculpe en la arena aquellos surcos
como caminos de hormigas que bordean el mar,
porque no saben que hay tanta agua
y no pierden la esperanza de pasar.
El Escultor, allí, en la playa,
alza su tronco de Árbol, como el mío, que un día
tuvo un Poema en la copa y la raíz en el mar.

Padre mío, con quienes me confieso a diario,
aquí está, sobre tu semilla seca,
el Poema del Escultor, el tronco de Árbol;
ya sabemos que tienes todavía tus hojas
y tus frutas intensas
en el Nuevo Huerto,
donde va el olor de las flores
después que el Árbol se ha muerto.

Francisco Narváez sembró un tronco de Árbol
que se floreció de repente
y las flores, sopladadas de gloria,
la caerán al Sembrador en la frente.

LA RENUNCIA

He renunciado a ti. No era posible.
Fueron vapores de la fantasía;
son ficciones que a veces dan a lo inaccesible
una proximidad de lejanía.

Yo me quedé mirando como el río se iba
poniendo encinta de la estrella...
hundí mis manos locas hacia ella
y supe que la estrella estaba arriba...

He renunciado a ti, serenamente,
como renuncia a Dios el delincuente;
he renunciado a ti como el mendigo
que no se deja ver del viejo amigo;

como el que ve partir grandes navíos
con rumbos hacia imposibles y ansiados continentes;
como el perro que apaga sus amorosos bríos
cuando hay un perro grande que le enseña los dientes;

como el marítimo que renuncia al puerto
y el buque errante que renuncia al faro
y como el ciego junto al libro abierto
y el niño pobre ante el juguete caro.

He renunciado a ti como renuncia
el loco a la palabra que su boca pronuncia;
como esos granujillos otoñales,

con los ojos estáticos y las manos vacías,
que empañan su renuncia,
soplando, los cristales
en los escaparates de las confiterías...

He renunciado a ti, y a cada instante
renunciamos un poco de lo que antes quisimos
y al final ¡Cuántas veces el anhelo menguante
pide un pedazo de lo que antes fuimos!

Yo voy hacia mi propio nivel.
Ya estoy tranquilo.
Cuando renuncie a todo,
seré mi propio dueño;
desbaratando encajes regresaré hasta el hilo.
La renuncia es el viaje de regreso del sueño...

BAEDEKER 2000

AUTORRETRATO

Nací en una revuelta,
viví una Revolución
y me voy por la puerta de un idilio.

Estoy de pie en los campos
que mi calor maduró al fin para los hombres.

Ante mis ojos,
las llanuras que sabían a sangre
están tendidas, puestas a secar.

De la montaña ideológica
quedó una frase de divinidad sustantiva:
el Hombre es una fuerza que ama.

Ayer fueron los lobos a comer a mi puerta
y el lobo es el hombre del lobo.

La tierra está calmada como después de un cuento.
Quien menos oye, oye amar a la semilla.
El caliente ecuador
es una rueda de amigos
y una espiral de voces acuatiza en las nubes.

Yo vi el día solar en que murió la guerra
y puse mi reloj en el primer minuto.

Soy magro. La calavera
asoma a flor de piel;

dos hilachas de nieve atraviesan la calva;
tengo el amarillento de las hojas de octubre
y mucho escrito en el pergamino de las manos.
Pero siento elásticos los tendones
y tengo una legua de mirada.

Aquí estoy en los campos.

Bebí el último trago romántico
y el primer sorbo ultraísta.

Le dí a la vida, instante por instante,
todo, todo y la noche extra sobre el cuadrante.
Con la voz de mis horas cantó ella;
lo que el camino me iba sembrando por los pies,
me florecía en la cabeza.

Amor: viví bastante
para encontrar de nuevo a mi primera novia
y tomada otra vez en su primera nieta.

Tuve un archivo;
lo he ido quemando.

Amo al Arte en el Poeta de Hoy,
bello como el atleta griego,
tallado de deportes,
que salta de la cama al estadio
y va a la plaza pública, donde el pueblo lo usa
para lanzarlo como un disco en la armonía de la mañana.

Creo en el poeta útil,
soberanamente altruista,
y aladamente extraterritorial,
cuyo canto higienizado
sea un surtidor de salud
que se respire como un temperamento.

Tengo ciento tres años,
firmes, como erecciones.

Recuerdo el día
en que fui injertado de la glándula taumaturga.

El cirujano
sembró en mí la astilla de eternidad.

Para injertarme
trajeron un gorila de timidez resuelta,
como la que da el ojo de un inmigrante joven.

Era un hermoso cuadrumano,
un segundón de selva
el hermano de leche de mi resurrección.

Al concluir el injerto,
quedé dormido.

Pero aquella misma noche
empecé a sentir a mi huésped moverse.

Se aclimataba a mis vías urbanas
con torpeza de criado pueblero.
Lo sentía saltar de rama en rama
hasta la copa de mi árbol circulatorio.
Lo sentía colgado por el rabo en mis nervios;
y al fin se fue asomando al sabor de mi boca
cuando la carne del balneario se desgajó sobre la arena.

Tengo ciento tres años,
firmes como erecciones,
y digo que la vida es buena de beberla.

Tengo cien hijos míos
y en mi próximo plano
seré el mejor logrado de mis nietos.

Tengo cien hijos míos
y uno que tuve en nombre de mi hermano el gorila,
porque puse en tenerlo mi pedazo de él.

Estoy de pie en los campos, esperando a mis hijos
para darles el santo y seña de mi vuelta.

Soy un siglo con erección de antena
y gozaré al sembrarme en el surco caliente.
Ese día —¡por fin!— la amada tierra y yo
acabaremos juntos.

Regresaré. El amor estará cosechado.
Encontraré plantada una selva de madres
y al dar mi canto nuevo a los cuatro horizontes
regresarán mis hijos, eternos de esperarme.

.LA CASA, LA NOVIA Y JUAN**CARGA**

Vienen los barcos negros,
los barcos azules,
los barcos blancos.

Vienen los barcos
hacia el seto de las costas
que están en tiempo de flor.

En el cáliz de las ensenadas
se meten los barcos
y chupan la miel de los terrones.

Vienen los barcos cargadores de café
y chupan en el pezón del muelle.

Vienen los barcos cargadores de petróleo
y chupan en el pico de los oleoductos.

Vienen los barcos cargadores de vida
y el golfo los arrima a las ubres hinchadas.

En la tierra
todo sale por los poros
y corre hacia la playa.

Se van los barcos.

El reposo de la tierra enfermera
cae en la cicatriz de los anclajes.

CONGRESO

El diputado de los mineros
había hablado con una lenta voz zapadora;
el diputado de los tejedores
dijo cosas sutiles con lengua de telar;
un diputado agrario
abogó por las tierras olvidadas
y su oración se hincaba en sustantivos jugosos
con esguace de reja.

Y se alzó el diputado
de los Jardines de la Infancia
—un compañero de diez años
con rizos hasta los hombros
y ojos anchos como dos sustos—.

Dijo el derecho de las mariposas,
pidió el desarme de la cometa pirata
y reclamó el sueño de diez horas.

Su voz era una niña que saltaba la cuerda;
daba patadas en el suelo
y terminó pidiendo para los jardines
ancianos con cuentos nuevos.

El compañero se sentó, bostezando,
y su moción se aprobó sin reservas.

Las derechas socialistas
estuvieron dos horas tiroteando el Congreso.

El diputado del mar
salpicaba de sal al diputado del cielo.
El diputado de los Jardines de la Infancia
dormía.

Ya al oscurecer,
un bravo campesino
exclamó:
—¡Compañeros!
¡El diputado de los niños
se ha orinado en su asiento!—

Todos callaron respetuosamente
y una canción de madre atravesó el Congreso.

EL EXTRAÑO

El hombre que amaba la soledad,
el que no amaba las plazas
ni las avenidas vivientes,
el hombre que buscó el don de extranjería,
el que llegaba y era
el forastero de todos los muelles,
pasó anoche llorando.

Iba hacia el salto de las olas,
espantado,
de no ser extranjero en ningún sitio,
de escucharse su voz en las lenguas de todos,
de ver caer en él las miradas
con llaneza de mano sobre un hombro.

Iba hacia el mar, pero en el mar, el hombre
se vio surcado, traficado,
descubierto de polo a polo
en su alma, ganada de navegaciones.

Volvió a la plaza
y en los brazos de la muchedumbre
se dio por fin con arribo de ola.

TOURING-CLUB (ITINERARIOS)

CAMPO DE BATALLA

A Alcides Losada

El guerrero durmió después de la victoria.
Aquella había sido la batalla perfecta.

El guerrero firmó su combate en el valle
y durmió para siempre.

Las falanges dejaron el campo
y los sables sangraron una luz de Museo.

Aquella había sido
la batalla del sexto día,
después de la cual duerme el creador de batallas.

En el campo vacío
dejó el hombre dormido una columna de humo,
de un humo blanco, oriundo del Ensueño.

El campo abandonado de su batalla predilecta
fue por un siglo el proscenio de un carnaval de espadas,
puerto de atraque de la carnicería
y a la columna de humo del guerrero
ataron sus matalones ases de abigeato.

Una teoría de batallas deformes

aventó a la columna las cenizas de los grandes guerreros.

El campesino estuvo sembrando todo el día,
en el valle rebosante de sembradores,
rotulado de paralelas verdes.

El campesino firmó su siembra
y está a la mesa en el calor del sábado.

De su casa se eleva una columna de humo,
de un humo blanco, oriundo del Ensueño.

El humo de cocina y el humo de batalla
se encuentran en un beso de dos viejos con barbas.

Un campesino silba; una paloma
almuerza allá en los humos, sorbos de carne asada.

REGRESO

Viajero
de los viajes modelo 2000,
no busques los caminos de regreso;
te basta ver el rostro del viejo guardavía,
al rezago de sol pescado en las gargantas.

Allí,
verás el mapa en relieve
de los caminos de regreso.

Hondas picas en las mejillas,
trazos con saltaneras, como hechas por las reses,
a lo largo del rostro, mueren junto a los labios.

Caminos de sed hacia la boca.

Caminos de llanto hacia los ojos.

Sobre la sien, una cuesta de pensamientos;
sobre la frente, un descanso de conciencia.

Cauces resecos.

En las pupilas, vagas cicatrices de aljibes.

Al final de toda senda,
un cierre de recuerdo.

Y una sonrisa de Hostería pobre
que no les cobra nada a los viajeros.

ORINOCO**DOS NIÑOS Y UNA ESTRELLA**

Son hermanos,
nietos de Walter Shonfeld.

Pero uno es rubio y tiene ojos azules
Y el otro es retostado, de ojos y rizos negros.

Han subido a la copa del mango
y han vuelto con un racimo rojo.

Empieza la mañana
y están contentos.

Se abrazan:
los rizos de oro
caen sobre los bucles negros,
con amplitud de amanecida.

El agua de los ojos clarísimos
se mete en el aljibe de los ojos nocturnos.

El negro y el azul, revueltos
se vuelven hacia la copa del árbol
y reciben la gota de una estrella indivisa.

Yo los miro, pensando en los años remotos
en que América hablaba y el hijo no creía.

MUSEO**PALABRAS DEL POETA EN LA TARDE**

La tarde.
Las alamedas vierten sobre la inmensa plaza
una muchedumbre armada de silencios.
La tarde azul, maravillosa.
Dos millones de ojos
alzados, con largo fervor.
La multitud,
armada de armonía.

Cabezas de obreros,
de estudiantes,
de sabios,
de mujeres,
persignados de atención.

Miradas ardientes
con luz de hoces en descanso.

En la tarde definitivamente azul,
una gran esperanza de palabra.

El Poeta del año 2000
sube al estrado,
en el centro de la plaza.
Sobre él
diluvian dos millones de gotas de ojos.
El poeta habla,

dice su canto nuevo,
el poema del año dos mil y uno.

Mientras los hombres oyen,
el mar, la tierra, el cielo, Dios y el Todo
se van llenando de Hombre.

**POEMAS DEL TIEMPO
DE LA QUINTA ESPOSA****RAZA**

En esta tierra
donde los hombres combatieron tanto,
donde los caminos se morían
de hambre de viajeros,
donde se odió hasta agotarse el odio,
en esta tierra,
se hizo la raza,
la nueva raza matriz
con una fórmula aritmética:

Sobre la cifra indolatina original
llovieron cifras de razas convergentes.

Los hombres que descansaban sobre las armas
se alzaron lentamente, desarmados
y amaron a los hijos de los vencidos.

Se amaron. El hijo del de abajo
amó a la hija del de arriba.
Se multiplicaron los numeradores
por los denominadores de los demás.

Y tras el denominador común,
nació el número entero de la raza
que habla con una voz y ama con un deseo.

CENSO

A Ricardo Montilla

En este día del censo,
me he pasado las horas cerca de mi mujer.
Le he contado mis viajes de hace ochenta años.

Mis viajes eran largas llanuras
con casas separadas por diez leguas
y hombres con paludismo rodeados de distancias.

Mis viajes eran pausas inmensas,
donde un diálogo era un lindero
entre silencios anchos como países.

Esta tierra estaba en blanco,
con lunares de pueblos perdidos en la carne.

Le contaba
que un hijo era una puja de un año en la llanura.
Mi mujer se acercó. Su cabeza y la mía
quedaron juntas. Aquel espacio
que nuestras dos cabezas llenaron, fue un momento
el lugar de más densa población de la tierra.

Me dijo: —Ahora
por la puerta del Censo irán treinta millones
hacia los cuatrocientos millones de compañeros de América.
Se ha trabajado bien. Ya no hay un sitio

donde una voz de niño no esté despierta siempre,
en la tierra en que nunca descansará el silencio—.

Yo besé a mi mujer
en las manos que tienen la conciencia del suelo.
Me junté a sus caderas
cansadas de su largo salvamento.

Y a la zaga del día
en que ellas entregaron el trabajo rendido,
yo me acerqué temblando a sus labios ilustres
de decir tantas veces “¡Hijo mío!” a mis hijos.

BARCO DE PIEDRA

LA ROTUNDA**EL ÁGUILA Y EL BAGRE**

Dijo el Águila al Bagre: —Compañero,
yo vengo del azul y en mi sendero
he entrevisto la luz del más allá.
¡Yo he visto a Dios colgado de un lucero!
Y dijo el Bagre: —Ajá.

Dijo el Águila al Bagre: —Camarada:
yo he visto al mar de espuma desflecada,
el hondo mar de donde vienes tú.
¡Yo he visto a Dios en la ola erizada!
Y dijo el Bagre: —Ujú.

Dijo el Águila al Bagre: —Valecito,
yo he cruzado el Atlántico infinito
y el Dios del viento ha resonado en mí.
¡Yo he visto a Dios y aquí traigo su grito!
Y dijo el Bagre: —Ijí.

Y el Águila voló. Cuando volaba,
desde su altura oyó que el Bagre hablaba
y detuvo su vuelo triunfador.
Y sólo oyó que el Bagre murmuraba:
—¡Eso es valor!

Bagre: eso eres tú,

allí,
aquí,
allá:
Ujú.
Ijí.
Ajá.

Inmoraleja:

Aunque sepas que el Bagre se desmaya,
no se lo digas al Doctor Arcaya.
No digas que está enfermo o que está viejo
y fuma Tocarón. No seas pendejo.

Enero de 1928. –Caracas. A la llegada de Lindbergh.

EL CONEJO BLANCO

Es el despertador.
A la hora de diana
se mete en las cobijas y despierta a los presos.
Anda de mano en mano,
torea al gato negro
y se deja torear por el gallo zambo.
Blanco, blanco, blanco;
y los ojos rojos, rojos, rojos,
noche de nevada,
ventanas al fondo.

Le acaricio la espalda;
él cierra los ojos
–van a dormir en la casa–
las manos entre la nieve
se me quedan desamparadas.
Es la mansedumbre blanca
este preso en blanco.
Se echa sobre un cuadradito de sol
como un pisapapeles sobre una cuartilla,
hasta que Dios lo levanta
y se lleva la hoja para escribirla.

Febrero, 20-1929.

LUNA

Sobre el disco de la Rotunda,
negro y lleno de presos,
ha venido a pararse
el disco de la Luna.
Anverso de luz,
reverso de noche
y un carcelero tahúr,
frente a frente con la Esperanza,
nos juega a cara o cruz.

EL GALLO ZAMBO

Gallo español, combatiente;
 jerezano;
 vino como los andaluces
 a pelear dondequiera que cante un gallo.
 Frondoso poblador de blanca espuela,
 clarín armado.
 Gallardete con voz,
 charanga roja, el gallo zambo,
 alza al techo de zinc de esta prisión española
 el vino de Jerez de un canto de esperanza.
 Corneta de admonición,
 bando del Juez, el gallo zambo.
 Canta el carcelero que pasa:
 —¿Pedro, Pedro, por qué has negado?

Hoy, ¡oh Dios de los gallos buenos,
 murió el gallo!
 sin lucha, en el patio frío,
 murió el gallo.
 Es un fleco de bandera en derrota
 en el medio del patio.

Pero un rayo de sol
 ha entrado
 y ha caído en el pico
 del gallo zambo;
 él tiene el pico entreabierto
 con su rayo de sol por donde se va el canto

que va saliendo de su pico:

—Pedro, Pedro ¿por qué has negado...?

La Rotunda, marzo de 1929.

TREN

De repente, en el mediodía,
ha llegado a nosotros el silbido de un tren.
Neto e inconfundible, llegó todo el pitazo,
hasta con aquel eco más débil
que dice que el tren se aleja,
aquella cola larga y moribunda
que va arrastrando el núcleo del sonido.

Los silbidos son cometas de música.

Nos alegramos súbitamente
y súbitamente nos entristecemos.
En el mediodía, el tren
nos ha llevado a todos a los campos azules;
en este sopor, ese pito
es la válvula de escape del día
y pensamos que el mundo iba a soltar los frenos
y todo iba a marchar.

Ahora hemos quedado
oyendo este silbido, ya casi imperceptible.
Todos somos un indio; se fue la última flecha
y no ha dado en el blanco;
el indio oye silbar el astil que se aleja
y afloja lentamente el corazón y el arco...

Mayo, 1929.

VENTANA

Corazón a la bolina,
contra la racha de afuera,
corazón de voz marina.

El peligro de la muerte
tiende su rabo amarillo
frente a los ojos sin brillo
que renunciaron a verte.

En la sombra se suplicia
el corazón que va y viene
entre la vida que tiene
y el tormento que codicia.

Se ha casado en la ventana
con el gallo jerezano
la corneta de la diana.

Echa a volar su denuedo
por el negro calabozo
la voz del preso gozoso
que se va a morir sin miedo.

Se ha casado en la ventana
con el canto del turpial
la estrella de la mañana.

Revienen hasta el pedazo

de vida sobreviviente,
la luz con la vista al frente,
la fe con el arma al brazo.

Y la voz del prisionero,
vuelta a los cielos, reclama
su cruz, su poste y su llama,
para quemarse el primero;

pero en la calma rebota,
venido, no sé de dónde,
tu nombre de copa rota,
y en la ventana tupida
por el encaje de hierro,
asoma su cara el perro
del corazón que no olvida.

Y al punto en que Amor profana
la virtud de mi clausura,
el deber sin curvatura
sale a cerrar la ventana.

Marzo, 23-1929.

EL GATO VERDE

Todavía me asusto al recordarlo.
Anoche vi en el techo de la cárcel
un gato verde.

Me miraba con ojos de vidrio,
arqueaba su cuerpo enlunado
y en su rabo bailaba un víbora
verde.

Puede que sea un gato negro,
que, de viejo, ya estuviera verde,
o un gato de piedra forrado de musgo,
pero lo he visto y era
un gato verde.

Me miraban los ojos
de mujer del gato
y transparentaba como diluidos
venenos aquel gato verde.

Debe ser amarillo en otoño
y blanco en invierno.
¿Será el alma quizá, de un astrólogo
ese gato verde?

Solución de cobres,
magnética esencia,

¡cómo estaba toda la noche metida
en el gato verde!

Relámpagos pálidos,
circuitos, azul llamarada,
resumen de toda la carga celeste;
el gato saltó.
La atmósfera toda, con sus tempestades,
en el gato verde,
saltó.

De súbito el gato corrió por el techo,
pasó varias veces, fantasma espantado,
pasó varias veces,
huía, volaba, saltaba, sentía
miedo de ser verde.

LA OBSESIÓN

¡Le agarré por el cuello al gato verde!,
él se enrollaba y tendía las manos
para cogermé;
le hice girar diez, cien, mil veces,
como una honda, y lo lancé al espacio;
allá arriba giró como un pelele,
subió, dio tres piruetas y se agarró al tejado,
se echó, se puso a verme,
con una risa entre los labios,
guiñándome los ojos, con el rabo pendiente,
como un retoño de árbol;
meditó un poco, masculló dos erres...
después, dio un salto
y entre mis brazos cayó el gato verde
y aquella noche se durmió en mis brazos...

CUMPLEAÑOS DEL AHIJADO MANOLO

Ahijado: ya tienes tres años de vida;
ya eres un viejo en horas,
un anciano en minutos,
casi un muerto en segundos.
Y ya has tenido un reumatismo,
que ya quisieran muchos
para sentirse hombres.

Ignoras el abecedario,
pero vas echando músculos.
Muy bien; un uppercut le aceita las bisagras
al postigo del mundo.

Me dicen que hablas bien, pero en malas palabras,
o que eres “mal hablado”, en buen hablar;
el hociquito de pocas pulgas
lo tienes lleno de guijarros.
Usas un lenguaje radical
y eres un granuja, ahijado.
El azúcar de mis caramelos,
¿no te endulzó la lengua, lindo descamisado?

Aquí estoy, en la Cárcel;
somos varios.
Aquí estamos, más mal que bien,
pero es mucho decir: mal que bien, aquí “estamos”.
Apunta esto: estamos aquí

para evitarte trabajo,
para que tú, mañana, no tengas que venir.

¡Qué feliz serás!
¡Qué feliz serás, ahijado!
con tus caramelos de libertad,
¡tan ricos! –según dicen, porque yo
nunca los he chupado–.

Sé bueno y vigoroso
y honrado.
No sé hablarte de otro modo:
no le quites a nadie su caramelo
y no le tengas miedo al Coco.

Ya sé que has preguntado
si soy poeta
y al decirte que sí, contestaste: —¡Qué lástima!
¡En Petare los queman!

Estás en un error; para quemar poetas
falta un poco.
“Cohetes”, no “poetas” queman los de Petare; l
os poetas no suben tan alto
ni suenan tanto cuando les pegan un fósforo.
Un poeta, cuando es un poeta, es un hombre,
un hombre que no roba y que se vuelve loco.

No quiero que seas poeta,
pero muy cuerdo o muy ladrón, tampoco.

En la palabra hombre, muy bien puedes estar:
ni para el Seminario, ni para el Manicomio.

Crece pensando en Venezuela.
(Venezuela es el espejo
en que tu madre se ve cuando se peina.
Si eres malo con Venezuela, es lo mismo
que si al espejo de tu madre lo quebraras con una piedra).

Siendo malo con Venezuela,
es posible que tengas mucha plata en el Banco,
pero, por lo demás, serás un sinvergüenza,
o como tú dices: un ajo.

Si eres bueno con Venezuela,
serás feliz y cuando te mires
al espejo en que tu madre se peina,
te encontrarás tan guapo,
que le estarás agradecido al cristal del espejo
hasta el cristal de tu llanto.

Aprende a decir nobles palabras,
pero tus buenos ajos no los dejes del todo.
Echa músculos, quiere a tu madre,
que nunca esté el espejo ni roto ni empañado,
y con respecto al Coco, óyelo bien: el Coco
le tiene miedo a los muchachos.

EL CASTILLO DE PUERTO CABELLO

LOS INSTIGADORES

LA CHOUANNERIE DE LA REPÚBLICA

Árboles huecos,
selva inhóspita
a los ojos del día;
pero en la noche
salta la astilla de un silbido
como un clavo de plata de una mesa de ébano;
y de los árboles
empiezan a salir hombres
que estaban allí, sin voz
(empiezan a salir campanas de las torres).

La palabra es el fruto nocturno de la selva
y por las negras picas van los Instigadores.

Al llegar el día,
los árboles, encolados de mudez,
guardan su grito, como caracoles.

La noche es la hora de instigar a la luz;
el árbol goza más sus nidos en la noche:
la noche es una instigadora de estrellas
y el árbol un instigador de pichones.

¿Ves pasar esa sombra por entre aquella sombra?

Es que el viejo samán va con el viejo roble.
Y un día, ¡al fin! saldrán las aves del Castigo,
como frutas lanzadas por el puño del bosque.

Más que savia del árbol son savia de los
nidos los Instigadores.

Castillo de Puerto Cabello, 1930.

ESTUDIO DE VOLUMEN

Gris, del gris sin calidad
de las auroras frustradas en llovizna.
De un lado, el rincón del calabozo
tuesta el gris plomo hasta un tabaco oscuro.

Arriba, un rehílo perla
y acaso un blanquear que no se atreve a nada.
Abajo, en el suelo,
gris despedido ya hacia fórmulas de agua.

Muertas vaguedades de objetos,
cosas secundarias,
segundos papeles del motivo.

En el centro, un chinchorro.
De abajo se ve bien
la forma del que duerme con las piernas abiertas:
parece caer de un trapecio
o de un avión.
En sus contornos
invade un filo oscuro que absorbe curvaturas;
en su momento de caída
se salva espesamente en el gris de las cosas
que atenúan, permeables, su descanso dormido.

Amanece.
Una mano resbala y cae del chinchorro;

la luz le da y la mano, que vacila, sin hombre,
lo es todo, en el piadoso Universo que empieza.

Castillo de Puerto Cabello. Calabozo No 3.

ESTRELLA DEL CIELO

Estrella del cielo,
ya sé que te quejas
porque me he olvidado de darte los ojos
en la más penosa,
en la más larga,
en la más indefensa
noche.

Y yo te digo,
estrella del cielo,
que esperes.

Te niego mis ojos,
hasta que la tierra
diga su pimpollo.

Mis ojos te niego
porque los he dado
a los surcos huérfanos.

Para que comprendas,
mira a los labriegos:
cuando están curvos a la tierra
le dan la espalda al cielo.

Cuando el surco diga
su tallo primero
me estiraré todo

y alzaré los ojos
limpios, limpios, limpios
como las cosechas,
estrella del cielo.

Castillo de Puerto Cabello, 1930.

CÁRCEL DE PUERTO CABELLO

TRÁNSITO DE UN RETRATO DE NOVIA POR LA CÁRCEL

Hoy no ha podido el techo
quitarme el sol, como todos los días;
hoy no ha podido el techo
quitarme las estrellas, como todas las noches,
porque hoy vino el Retrato.
Saltó la tapa de este viejo cofre
y he visto al cielo con su sol de guardia.
La novia venía sola
y en grupo con la mañana.

Yo no me daba cuenta
de lo hermosa que era, de lo que eran sus ojos;
amigo, hay que estar preso
para saber lo hermoso que es lo hermoso.

Yo no me daba cuenta
de aquellos ojos anchos, con una luz paisana,
donde el quieto país de las pupilas
oprime la provincia de una lágrima.
Yo no me daba cuenta de cómo todo eso
habla de frío y choza y luz en la ventana.
Yo no me daba cuenta
de esa sombra de luz, de esa luz como en sombras,
que es el zaguán de la Belleza.

La encuentro más delgada.
Se quedó triste en el retrato mismo

y un dedal de sonrisa que querría mandarme
se le quebró en el borde de un puchero imprevisto.

Antes de mi prisión era menos mujer.
¿Si será por los meses? ¿Si será por los siglos?

Pero nada como la alegría
de encontrarme presente en su cabeza,
nada como saber
que no se ha cortado las trenzas.

Muchas gracias, coqueta,
muchas gracias, aduladora,
ya sabes que me gustas con los cabellos largos
y cómo te odiaría con la trenza cortada,
fea, como un muchacho.

En cambio, qué bien vas cuando vas por la casa,
con el pelo tendido,
con el pelo a la espalda,
con el pelo en las sienas
recogido en dos bandas
y aquella boca que llora
si tardan en retratarla.
Así debe estar la tierra,
así debe estar la Patria,
que mientras están sus novios metidos entre la Cárcel,
se deja crecer las trenzas y pone triste la cara.

Así vamos a encontrarte,
así vamos a encontrarla,

suelta la voz nosotros, y ella y tú
de trenza suelta y llanto en la palabra
y ese calor de fiesta en la provincia
de las novias que esperan como patrias.

LA CASA DE ABEL¹

SOLEDAD

Soledad y obediencia.
 Veo caer lo mío en torno mío
 y doblo la cabeza.

Vamos camino arriba, oh gozo doloroso,
 lejos de todo y cerca,
 lejos vistos de cerca, cerca, vistos de lejos,
 como las estrellas.

¿Quién nos dirá si es cierto
 que la ciudad, la cuna ya es mar y ya no es tierra?
 ¡Adelante! Probemos a mirar hacia arriba:
 ¡algo puede que traiga el sorbo de horizonte
 que bebe el centinela!

Náufrago en el sudor de la noticia;
 náufrago el corazón en el golfo del pecho.
 Soy aprendiz de grande: soledad y obediencia.
 Pero tiemblo en la misma sacudida
 que mi clara ciudad echó por tierra...

[1]_. Estos poemas fueron escritos con motivo del terremoto de Cumaná, en 1929. A los presos, en especial a los cumaneses presos, se nos dio la noticia de modo que agregara una tortura más a la que nos dedicaban a diario. El alcaide de la Rotunda, coronel García, se dirigió a mí en esta forma textual: —Amigo, tengo una noticia para usted. Esta mañana un terremoto acabó totalmente con Cumaná. El mar está cubriendo lo que fue la ciudad. Días después, el mismo García rectificó lo del mar, pero nos dejó en la creencia de que la destrucción había sido total. De esa impresión fueron saliendo los poemas que van a continuación. (A.E.B.).

ABEL Y SU CASA

IDENTIFICACIÓN DE LA CASA Y EL HOMBRE

La casa de Abel era la casa
para que Abel naciera;
no fue casualidad
que Abel naciera en ella.
Tampoco fue capricho
que Jesús naciera en un establo,
en el hueco de los vagidos
que dejó el parto de las vacas
pegadas a la tierra.

Tampoco fue capricho
que Abel hiciera prosperar los pastos
y sus ganados estuvieran gordos
y su canto saciara el hambre de los pájaros.

Tampoco fue capricho
que Abel saliera aquella tarde al campo
y lo mataran en su hora:
una hora que hicieron no más para matarlo.

La ciudad está en Sucre y Sucre en ella;
casa y hombre tienen un solo camino
parado en la puerta.

Abel va caminando con su casa en los hombros
y es el viaje del caracol.

La órbita común los desovilla
 en un solo destino de pista
 en torno al mismo centro sideral de dolor.

Pero hay la yema de un dedo que empuja
 y una mirada que entiende su obligación de empujar.
 Por eso hay precipicios en la marcha del Héroe
 y hondonadas en la marcha de la ciudad.
 En el designio que los elige,
 héroe y ciudad caminan;
 en el destino paralelo,
 ella tiene fidelidad de esposa bíblica.

Cosmogónica fidelidad:
 ambos en riesgo de derribamiento
 y en los dos, algo nocturno para la aurora final.

LA CASA DE ABEL LLEGA HASTA EL MAR

Pegada al golfo
 la dejó Gonzalo de Ocampo.
 El golfo se la llevaba;
 Jácome Castellón la alzó en sus manos.

¡El terremoto y el mar
 se la llevan!
 la salva sobre sus manos
 Diego Fernández de Serpa.

La salvó en un salto al cerro
 y se la puso al costado:

niña de tres cunas,
niña en tres regazos;
mar y terremoto, todo fue mecerla,
tuvo mil amores y vivió temblando.

ABEL LLEGA AL MAR

De noche en el Golfo Triste,
donde Colón pescó la sirena de América.

Se fue a pique un velero.
Tiene la quilla hacia el cielo
y hacia el fondo los masteleros.

Un náufrago
bracea en mitad del golfo.
Rema con manos suaves, como vientre de pez;
la luna pone en su frente
ese livor que estampa en la sábana a los huesos.

En las olas caen sus ojos,
tributarios de sombra.

Allá va Venezuela, sin puerto,
allí van, medio ahogados,
Ayacucho y lo otro y la mitad de esto.

Pero el hombre llega a la playa
y al pisarla,

sintió en su propio pecho el corazón de la ciudad,
la voz del gran destino paralelo
que le decía: “¡Tierra adentro! ¡No moriremos en el mar!”

LA JUANBIMBADA

LOS PALABREOS**PALABREO DE LA LOCA LUZ CARABALLO**

*Los dedos de tus manos,
los dedos de tus pies:
uno, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve, diez.*

ANÓNIMO

De Chachopo a Apartadero
caminas, Luz Caraballo,
con violeticas de mayo,
con carneritos de enero;
inviernos del ventisquero,
farallón de los veranos,
con fríos cordilleranos,
con riscos y ajetreos,
se te van poniendo feos
los dedos de tus manos.

La cumbre te circunscribe
al solo aliento del nombre,
lo que te queda del hombre
que quién sabe dónde vive;
cinco años que no te escribe,
diez años que no lo ves,
y entre golpes y traspiés,
persiguiendo tus ovejos,

se te van poniendo viejos
los deditos de tus pies.

El hambre lleva en sus cachos
algodón de tus corderos,
tu ilusión cuenta sombreros
mientras tú cuentas muchachos;
una hembra y cuatro machos,
subida, bajada y brinco,
y cuando pido tu ahínco
frailejón para olvidarte,
la angustia se te reparte:
uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Tu hija está en un serallo,
dos hijos se te murieron,
los otros dos se te fueron
detrás de un hombre a caballo
“La Loca Luz Caraballo”
dice el decreto del Juez,
porque te encontró una vez,
sin hijos y sin carneros,
contandito los luceros:
...seis, siete, ocho, nueve, diez...

LA RECLUTA

Quién le va a secar el llanto
si pasó la comisión
y le dejó el corazón
como capilla sin santo

Si vino el reclutamiento,
se fue Juan y quedó Juana.
Si queda llanto en sabana
por todo acompañamiento;
si una comisión de viento
prendió el olor a mastranto,
si reclutaron el canto,
si no hay ni nube en el cielo
que le preste su pañuelo
¿quién le va a secar el llanto?

¿Qué va a haber potro en potrero
ni pareja en el velorio,
ni garza en el dormitorio
ni vaca en el lamedero?
¿Cómo va a haber becerrero
trenzando leche y canción,
si van casa y galerón
camino de San Fernando,
cómo no va a estar llorando,
si pasó la Comisión?

Mire, se llevó la vaca,
mire, se llevó el te quiero,
se llevó el ay que me muero
de media noche en la hamaca,
se llevó la guacharaca,
la manta de guarnición,
la promesa de varón
en el hijo prometido.
Mire, se llevó el latido
y me dejó el corazón.

Y allí está, sin más testigos
que esperar mañana y tarde
su menos de —Dios lo guarde,
su más de —¡Hasta cuánto, amigo!
Becerrera del castigo,
trenzando cana y quebranto,
y ha sufrido tanto y tanto
y enterró tanto recuerdo
que tiene el costado izquierdo
como capilla sin santo.

LOS TESTIMONIOS**NUEVO CANTO A ESPAÑA**

Lorquiana del poeta que busca a Carmen.

Cuando me dijeron: —Carmen—
se me cerraron los ojos
y el pensamiento llanero
se volvió jinete moro.

Crucé la mar en un salto,
pasé por Cádiz sin rienda...
con riendas moras pasaron
Jereces de la Frontera.

La sierra de algodonales
va en su jaquilla de nieve
—crin de palmas y alelíos
y cola de Guadalete.

Al dos y dos de la jaca
se abren Morón y Utrera
y el clavel doble de Triana
en la nariz se revienta.

Triana a lo largo y lo ancho
y Puente y Torre del Oro,
San Gil del lado cristiano
y Giraldillo, del moro.

Queda a la vera el Alcázar
y la araña del aroma
enreda la Morería
y hace el velo de Susona.

Un traidor trajo a los moros.
Por calles, puentes y plazas,
obreros y cigarreras
íbamos pidiendo armas.
Pero el traidor bien sabía
que otro traidor lo esperaba.
Queipo del llano juró
por su cuerpo y por su alma,
que los moros no verían
Alcázares ni Giraldas.
Yo lo esperé en San Bernardo
con todas mis milicianas;
mostróme una faca de oro,
cuando me tuvo en sus manos
me hirió en el pecho y la espalda.

Búscame la trenza negra,
pegada a la sien caliente,
con brillo de anca de jaca
y goteando tres claveles;
búscame el ojo de tinta,
la boca de puñalada,
la voz de noche es espera,
la piel de tabaco en agua.
Nada me dejó el traidor,
el vil no me dejó nada,

pero la sangre retoña
y el clavel de nuevo sangra.

Calle arriba, por Santelmo,
frente a la Tabacalera:
quedó la jaca sudando
y el jinete está a la puerta.

Las cigarreras se van
—¡Carmen!— la llamo entre sueños
y a mi lado: —¡Carmen! ¡Carmen!—
la llaman veinte viajeros.

—¡Carmen! —se detiene un grupo;
las cigarreras se van:
una queda junto a mí.
¿Carmen? —Carmen—. Aquí está.

Pero aquí está, casi muerta,
blanca y vaga, brisa blanca:
del navajazo torero
no quedó tan desangrada.

—¿Dónde se te fue la sangre?
—¿Dónde se te fue la brasa
que entre el clavel y las venas
te subía y te bajaba?
—El traidor Queipo del llano
me hirió cuando lo esperaba.

Él venía con mis hombres
de olivar y de montaña.
Me dijo que me traía
un fusil y ochenta balas
para marchar contra el moro
que venía contra España.

Los milicianos leales
ya vienen por las montañas,
por San Juan de Aznalfarache
neblinan polvos de jaca;
espero una faca de oro,
un fusil y ochenta balas.
Las balas para los moros
y para el traidor, la faca.

Aquí lo estoy esperando
con cigarrera y gitana,
banderilleros de fuego,
picadores de esmeralda,
Sangiles y Sanbernardos.
Santacruces y Eritañas.

CANTO A AMÉRICA**CANTO IV**

Es el agua primera en la primera caverna;
es el agua que horada sus primeros cauces;
liso, bruñido, el suelo hacia la sombra interna
es una lengua entre unas fauces.

El inédito duerme; es potencia e infancia
recién hechas del barro: el Hombre de la piedra.
El encrespado pecho rezuma una fragancia
de tierra primeriza. Despierta con un salto.
Ya en pie, afirma la cúpula de su puntal de basalto
su gran cabeza nueva, vegetada de yedra.

Gusano de oro, viene por el suelo,
desde la entrada que da al Oriente,
una gota de sol, del primer sol del cielo,
de cuando se partió en ríos la Noche
y la Luz tendió el primer puente.

El Hombre se retira
con el primer miedo, hacia el hueco profundo,
pero se vuelve con la primera ira
y aplasta con el pie el primer Sol del mundo.

Pero al poner la planta, el hombre ve
que la luz le atraviesa el pie.

Y avanza y avanza hacia ella;
la luz sube por su estatura,
la luz le va clavando una estrella
en cada punto de carne que la inaugura.

Ya está afuera, en el campo, ante la luz del Universo:
el Sol todo lo patentiza
y le hace ver a la sombra de su alto cuerpo inverso
pintada en la tierra caliza.

Y es el asombro de la primera visión
y de mirar el propio movimiento.
El Hombre de la piedra horada la razón
hacia la mina del pensamiento.

Cuando Él se mueve, la sombra le imita: el brazo tiende
y un brazo negro se tiende en el muro;
encorvada la espalda que el sol en mil gotas enciende
y se achata en la piedra el hombre oscuro.

Súbito grita, ríe, busca en torno
un carbón; y va hacia la sombra. Y pinta
en el lienzo de cal su propio contorno,
y se aparta, gozoso de su numen encinta.

Pero de la silueta inmóvil se ha escapado
la otra sombra, su sombra, que no pudo apresar
en el lindero que ha trazado
–fantasía sin freno, sombra sin valladar–
y se pinta otra vez al lado
y la sombra rebelde se escapa sin cesar...

¿No puede, oh Santo Numen, oh Santa Inquietud, quién
sujetará en fronteras tu divino vaivén?

¡Oh Fantasía, entonces y mañana y después!
La sombra que no encaja en lo previsto
y la luz que atraviesa los pies
como el clavo los pies de Cristo.

Reciente y solitario el Hombre fuerte,
vencido junto al Numen, más largo que la Muerte;
y allí, en guerra con su propia mudez,
en guerra con su propia guerra,
está abrazado al suelo, por la primera vez
el hombre de la Tierra que se busca en la tierra.

GIRALUNA

(1955)

A Lilina Iturbe, mi querida esposa

*Aquí está el dónde y el cuándo
de cuando sueño contigo;
aquí está donde te digo
lo que te digo soñando.*

GIRALUNA, LA NOVIA

LIRAS TRENZADAS

I

Libro de amor le haría
que fuera alcoba de soñar con ella,
alcoba de hostería
con fama de querella,
colchón de nube y tragaluz de estrella.

Cuentos de “aquel” y “aquella”
contaría la voz del hostelero,
del mozo y la doncella
que allí, en noche de enero,
ella jugó de altar y él de altarero.

Romance de viajero
que trae capa,
mujer,
amor en fuga
y alibajo el sombrero,
todo lo que conjuga
con el querer, cuando el querer madruga.

El cuento que subyuga
contara yo, mientras su colcha fría
la ansiosa frente enjuga;
en liras hablaría
y ella lira con lira trenzaría.

Así el libro sería
Giraluna en alcoba de posada
y a la ventana iría,
toda giralunada
de amor y “ven” la voz de su mirada.

II

Libro de amor le hiciera
que fuera nave de viajarle el sueño
con lira marinera,
de la sonrisa al ceño,
del hondo gozo al llanto ribereño.

Patrón margariteño,
cuidara yo del rumbo y del garete
para que, siempre isleño,
nunca hallara ni flete
ni luz ni puerto el corazón grumete.

Viajar, viajar, banquete
con vino de altamar y pan de nube,
del casco al gallardete
silbo de amor que sube
llamando a la cigüeña y al querube.

Viaje como el que tuve
que hacer de mar a mar, de claro en claro,
hasta que en ella estuve
como en lento disparo:
luna y girando, giraluz del faro.

Camino sin reparo
del mar, Jerusalén con barcarola,
vivir al desamparo;
y al morir, enarbola
dos cruces el calvario de la ola.

III

Libro de amor soñaba
que fuera globo de llevada en vuelo
donde el volar acaba,
muere el humano celo
y empieza el ultraamor y el sobrecielo.

Celeste riachuelo
para izar en la orilla transparente
la flor de su pañuelo
y hacer de su corriente
lo azul más puro del amor ausente.

Raudal de luz, afluyente
del infinito mar donde pasea
su góndola el creciente,
donde Venus campea
y el cargado galeón del Sol fondea.
Sobrenadada aldea,
Venecia cenital, Lido de bruma,
celestial azotea
donde el sueño es de espuma,
la voz azul y el caminar de pluma.

Amor que así resuma
la atracción sideral: flama con flama,
el cuerpo que se suma
al cuerpo que lo llama
y en torno al Sol el girasol que ama.

IV

Libro de viaje corto
que en un sorbo se amara y se leyera,
pero entre ocaso y orto
sus hojas repitiera
como un regreso de la primavera.

Libro de amor que fuera
tordillo, de anca y silla hospitalario,
carro de dos, litera,
tranquilo dromedario,
lento viajar de hacienda a campanario.

Amor de gusto agrario,
fervor del verde y devoción del trino,
más lejos el canario
que el turpial campesino,
más nuestra la vereda que el camino.

Mula de viaje andino,
tendido frailejón de suave mano,
llanada con molino
y en caballo aldeano
dos y dos, pasitrote y pasollano.

Amor de ciudadano
con ciudadana, como Dios lo quiere,
de Código y cristiano,
con Él que la prospere
y Ella que cante que el amor no muere.

V

Libro de amor le hice
que no se quiso levantar del suelo,
que los hijos bendice
y encuentra su modelo
más en lo que volé que en lo que vuelo.

Mitad a contrapelo,
mitad al buenamor de la corriente,
molino donde muelo
grano viejo y reciente,
y agua y mujer que se miró en la fuente.

Libro en que está presente
la casa; el hijo y el dolor ajeno.
Libro, para el doliente,
de vino y agua lleno;
lo que el maestro Antonio llamó bueno.
Libro de bien, terreno
como un hombre de bien, de firma honrada
de platicar sereno,
pero bien tremolada
la fe en el sueño en la bandera izada.

Libro de amor: posada
para todo lo hambriento y sitibundo
y un letrero a la entrada
le dice al vagabundo:
—Aquí se fía en la bondad del mundo.

ANUNCIACIÓN

La joven madre está cansada
y tú le tomas el niño de los brazos.
Calle arriba
hemos echado a andar. ¡Qué hermosa,
con un niño y sin prisa!

¡Qué hermosa estás, qué hermosa,
con el niño abrazado a tu cuello!
¡qué hermosa de lo grave que vas, de lo anunciada,
de lo sembrada en el presentimiento!

Llegamos.
La joven madre recobra su niño.
Te has quedado sin hijo en la palabra.
Te vas. Y quedo solo;
solo, porque el que estaba conmigo era tan niño
que lo dejé en tus manos y lo dormí en tus ojos.

GIRALUNA, LA ESPOSA

SILENCIO

Cuando tú te quedes muda,
cuando yo me quede ciego,
nos quedarán las manos
y el silencio.

Cuando tú te pongas vieja,
cuando yo me ponga viejo,
nos quedarán los labios
y el silencio.

Cuando tú te quedes muerta,
cuando yo me quede muerto,
tendrán que enterrarnos juntos
y en silencio;

y cuando tú resucites,
cuando yo viva de nuevo,
nos volveremos a amar
en silencio.

Y cuando todo se acabe
por siempre en el universo,
será un silencio de amor
el silencio.

SI EL SILENCIO FUERA MÍO

¡Si el silencio fuera mío,
qué silencio!

Si el silencio fuera mío,
cuando haya silencio
no te darás cuenta
de tanto silencio.

Ya las cosas no serían
hechas a golpes y ruidos;
serían todos de aceite
las sierras y los martillos,
el hacha de pensamiento
y el azadón de suspiro.
Qué nueva música haríamos
con canciones de maíz
y con palabras de trigo
y obreros con voz de pan,
y obreras con voz de hijo,
y una noche que contara
la historia del mar dormido,
si el silencio fuera tuyo,
si el silencio fuera mío.

Siempre habría que contar
con la cigarra, no hay nada
mejor para hacer silencios;
para hacer silencios nadie ha hecho tanto
como la cigarra.

Podrá haber silencios, silencios tan grandes
que los ojos oigan a los ojos que hablan,
pero no habrá nunca un silencio
como el silencio con cigarra.

Podrías meterte dentro de un silencio,
con toda la boca del mundo cerrada,
y no podrás darte cuenta del silencio,
hasta que llega la cigarra.

Nadie sabe nunca que empezó el silencio,
hasta que empieza la cigarra.

Ella firma el silencio,
ello lo subraya,
es un silencio en bastardilla
el silencio con cigarra.

Para hacer trabajo santo,
para hacer hijo en la noche,
sin miedo de la mañana,
para que amaras de modo
que tus ojos se escucharan,
te daría un mundo en paz
y un silencio con cigarra.

Si el silencio fuera mío,
con un silencio que amara,
de esos que nunca se saben
hasta que hay cigarra,
te haría un mundo sin odios,
sin niños con caras pálidas,
sin mujeres con ojeras

y sin hombres con espadas;
y tendrían mi silencio
guardadito en una caja,
y le pondría alcanfor
para que no lo picaran las cigarras.

Pero el domingo en la tarde,
para que tú lo escucharas,
para que te hicieras toda de silencios,
te haría uno con cigarra.

Si el silencio fuera mío,
le pondría un lazo azul
con un silencio de amor
y lo tendría guardado
hasta el día de tu voz.

PLEITO DE AMAR Y QUERER

Me muero por preguntarte
si es igual o es diferente
querer amar y si es cierto
que yo te amo y tú me quieres.

—Amar y querer se igualan
cuando se ponen parejos
el que quiere y el que ama.

—Pero es que no da lo mismo;
dicen que el querer se acaba y el amar es infinito,
amar es hasta la muerte
y querer hasta el olvido.

—Dile al que te cuente historias
que el mundo es para querer
y amar es la misma cosa.

—Querer no es amar. Amando
hay tiempo de amarlo todo:
a Dios, al Esposo, al mundo,
tocar el borde y el fondo
y amar al hijo del Pueblo
como al hijo del Esposo.

—¿Querer es ser para uno
y amar es ser para todos?

—No; amar es amar y amar,
es como amar de dos modos:
a unos como hijos de Dios
y como a Dios, a uno solo.

—¿Amar y querer? Parece
que amar es lo que abotona
y querer lo que florece.

—Dicen que amar no hace daño
donde querer deja huella.

—Si querer es con la uña
donde amar es con la yema...

—Querer es lo del deseo
y amar es lo del servicio,
querer puebla los rincones,
amar puebla los caminos,
queriendo se tiene un gozo
y amando se tiene un hijo.

—Amar es con luz prendida,
querer, con luz apagada,
en amar hay más desfile
y en querer hay más batalla.

—Luego querer no es amar,
querer es guerra con guerra
y amar es guerra con paz...

—Querer no es lo que tú sientes;
querer no es lo que tú piensas;
tu querer de agua tranquila
ni bulle, ni arrastra piedras.

Querer no es esa apacible
ternura que no hace huella.
Querer es querer mil veces
en cada vez que se quiera.

Querer es tener la vida
repartida por igual
entre el amor que sentimos
y la plenitud de amar:

es no dormir por las noches,
es no ver de día el sol,
es amar, sin dejar sitio
ni para el amor de Dios:

es tener el corazón
entre las manos guardado
y si Ella pasa, sentir
que se nos abren las manos;

es tener un niño preso
y envejecido en la cuna;
querer es brasa, que vive
de la propia quemadura;

es no reír, porque hay algo
de lágrima en la sonrisa,
es no comer, porque sabe
a corazón la comida.

Es haber amanecido
sin habernos explicado
cómo, sin haber dormido,
pudimos haber soñado.

—Todo eso es querer y amar
y amar es más todavía,
porque amar es la alegría
de crearse y de crear.

Es algo como una idea
que inventa lo que se quiere,
porque al quererlo lo crea:

No hay un hombre que supere
a la versión que de ese hombre
da la mujer que lo quiere;

ni existe mujer tan bella,
ni existe mujer tan pura
como la que se figura
el hombre que piensa en ella.

Por eso, al estarte amando,
si con un amor te quiero
con otro te estoy creando

y tú, en el querer que sientas,
si con un querer me quieres
con otro querer me inventas.

Pero allí no se detiene
la creación del amor
e inventa un mundo mejor
para el que ni mundo tiene.

Y el amor se vuelve afán
de gritarle al pordiosero:
—Quiero y porque quiero, quiero
que nadie te quite el pan;

que nadie te quite el vino,
que no te duela en los pies
la limosna del camino;

que te alcés, alzado y frío
el puño de tu derecho,
prestado en rabia a tu pecho
el amor que hay en el mío.

Del obrero y sus querereres
todo el rescoldo se vea
cuando haga la chimenea
suspirar a los talleres

y en la voz del campesino
vaya un poco de mi amor,

como de savia en la flor,
como de agua en el molino;

y así el amor es caricia
que se nos va de las manos
para servicios humanos
en comisión de justicia.

Amar es querer mejor
y si le pones medida
te resulta que el amor
es más ancho que la vida;

Amar es amar de suerte
que al ponerle medidor
te encuentras con que el amor
es más largo que la muerte

y en el querer lo estupendo
y en el amar lo profundo
es que algo le toque al mundo
de lo que estamos queriendo.

GIRALUNA Y EL MAR

LA DULCE OLA

*A Yefrén, Canario y Berebere, que
nos enseñó el vocablo adúcar.*

La niña de mi pueblo marinero,
que esconde en caracolas sus canciones,
trata a las olas como a los limones
y al mar que se las da, como al frutero.

Se entiende con el mar, pero primero
prueba las olas, cata los pezones
de espuma y dice: —Tengo mis razones
para esperar la dulce; y yo la espero.

Digo a la niña de las caracolas
que lo amargo, en lo lindo de las olas,
está como el gusano en el adúcar.

Pero a la niña no le importa nada,
porque tiene la lengua tan llorada
que confunde la sal con el azúcar.

REGRESO AL MAR

Siempre es el mar donde mejor se quiere,
fue siempre el mar donde mejor te quise;
al amor, como al mar, no hay quien lo alise
ni al mar, como al amor, quien lo modere.

No hay quien como la mar familiarice
ni quien como la ola persevere,
ni el que más diga en lo que vive y muere
nos dice más de lo que el mar nos dice.

Vamos de nuevo al mar; quiero encontrarte
la hora más azul para besarte
y el lugar más allá para quererte,

donde el agua es al par agua y abismo,
en la alta mar, en donde el aire mismo
se da un aire al amor y otro a la muerte.

INTERMEDIO²

SONETO A RÓMULO GALLEGOS

Rómulo: ya la Patria está muy lejos;
la escucho ya en canciones y relatos,
la busco ya en sus cartas y retratos,
la encuentro ya como al amor los viejos.

No digo aquélla de los cien reflejos
en el machete de sus arrebatos,
sino la sin maldad y sin zapatos,
de pie y de agua, como los espejos.

Ya nos queda no más la que escribiste:
en tus libros su olor y su cadencia,
su azul remoto en tu camino triste,

su rumbo y su paisaje en tu conciencia...
lo demás es tu pálida Teotiste,
la mitad gloria y la mitad ausencia.

[2]_ El soneto que viene a continuación forma parte de la sección "Intermedio (Tres retratos de hombre y una copia de Durero)", Obras completas, pp. 640-644.

CANTO A LOS HIJOS

PÓRTICO

Tengo dos hijos, tierra, tengo dos hijos, cielo;
 el andar que buscaba para el último paso,
 las alas que pedía para el último vuelo;

tengo mis dos pastores, igual que Garcilaso,
 para imitar sus quejas cuando le entregue al viento
 mis últimos carneros: las nubes del ocaso.

Seis años cuenta ahora mi charro turbulento,
 ocho mi niño tácito, mi sabio taciturno;
 aquél hice de chispa y éste de pensamiento.

De éste los pies reclaman descansado coturno,
 de aquél la fantasía pide para su mano
 a Berenice un bucle y un anillo a Saturno.

Son de parto cesáreo —no es parto cesariano;
 cesáreo es de cortar y en la matriz el corte—
 con la etimología que da Plinio el Anciano.

Del Este al Mediodía y al Poniente y al Norte
 los dos son la girándula de amor que regalara
 al Girasol orondo Giraluna consorte.

Nuestro amor mira y mira, como si preguntara:
 —Y antes de que ellos fueran, ¿qué era lo que era
 y qué, además de lágrimas, los ojos de mi cara?

¿Con qué voz caminaba la obligación casera,
con qué pies se bajaba la escalera del sueño,
de qué mano venía la canción costurera?

¡Cómo logró el cariño su doble desempeño,
que al elogiar proclama!: —¡Ya me alcanza de alto!
y al defender alega: —¡Pero si es tan pequeño!

Mientras mil hombres quieren disgregar el cobalto,
matar con el uranio, deshacer con el torio,
yo entrego mis dos hijos al mundo en sobresalto

y digo que es infame y es vil y es proditorio
que en el jacal invente vidas el aldeano
y el sabio asesinatos en el laboratorio;

y digo al estadista miope y presbiteriano
que el que con sangre y muerte llenó su presbiterio
no merece ni un hijo que le bese la mano:

digo al Adicto rojo del nuevo falansterio
que con la luz del día la libertad, dialoga
y el bien esté en ser libres del odio y del misterio;

y digo al pretoriano que se robó la toga,
que a él y al apóstol que se robó la cena
les crece el mismo cuello para la misma sogá;

y digo que mis hijos son un grito que ordena
en el nombre del Padre, de la Madre y del Hijo
respeto al alma propia sobre la carne ajena,

respeto al bien de todos en el pan y el cobijo,
 respeto a la plegaria y al credo que la reza
 y a la palabra atea y al labio que la dijo.
 Mis hijos son el llanto de la Naturaleza,
 mis hijos son el modo de protestar la aurora
 por el sol traicionado de la vida que empieza.

Son los niños del mundo, todo el que ríe y llora
 el derecho a la vida, la dignidad del sueño,
 la bondad que anticipa su voz gobernadora;

mis hijos, paz del triste, grandeza del pequeño,
 la fe que pide sitio, la voz que pide cancha,
 la humanidad que cuelga de sus manos sin mancha
 el alma innumerable de la lira sin dueño.

DESPERTAR

Es el alba. Los niños despertarán. ¿Qué hicimos
 los hombres con la noche, tan bella como el sueño?
 Ayer nomás, el mundo
 nos puso entre las manos la suerte de su sombra.
 Nos entregó a los hombres
 una noche tan dócil como un esclavo niño
 y en la sombra sumisa
 ¿con qué luz alumbramos, con qué sueño escribimos?
 Nos dio, para sembrarla,
 la sombra de sus pobres, la noche de sus tristes,
 su mano sin terrones, su boca sin cartillas,
 nos dio su sombra hermosa, como una niña negra,
 nos dio su noche bruta como una tierra niña.

Para enseñarle cantos,
para cantarle lumbres,
para alumbrarle letras,
el mundo de los niños y los simples
nos dio la sombra en paz de sus cabezas.
Y nosotros, los dueños de la luz y del grito,
del lucero en la noche y el camino en la tierra
¿qué hicimos con el alma del ser oscurecido?
¿qué luz y qué palabra,
qué pan, qué tierra dimos
a la noche inocente del niño sin estrellas?
En los seres oscuros como aldeas de noche
y en el agua sin luz de sus postigos,
en la cabeza oscura de los tristes,
¿qué paz, qué amor, qué lámpara encendimos?
¿qué casa, con qué voz que abra la puerta
dejamos en la mano que nos tendió el camino?
En el pueblo, en el monte, calles negras,
rendijas y rendijas
por donde en vez de voces salen quejas,
por donde en vez de luz sale un ¡ay! amarillo
que va temblando, como luz de vela.

Es el alba. Los niños despertarán; ¿qué pena,
si nos vieran adentro nuestros hijos!
Sumisión, miedo y hambre,
estafa de la voz y estupro del suspiro.
Es el alba. Los niños despertarán, amigos:
¿quién besará sin manchas la frente de la aurora?
¿quién mirará de frente los ojos de los niños?

REGRESO AL DESPERTAR

Buenos días, amigos,
mis pequeños amigos, mis mejores amigos,
mi amistad con las fuerzas de lo puro,
cantemos al postigo que nos tiende
la voz de la luz con que nos habla el mundo,
cantad lo maternal que la mañana
pone en la leche de los desayunos,
salud al que está en la cruz clavado
y al sol, al santo sol que nos libra del susto.

Bendigamos el agua del baño que os espera
y el pan que sazonamos con sal de mis sudores
y el libro de la Escuela.
Esta tarde, al regreso de la Escuela, hablaremos
de cómo puede el aire con la tierra,
de cómo puede el hambre con los días,
de cómo puede el frío con la piedra,
de cuánto pesa una montaña de oro
y de cómo el dolor puede con ella,
de cuán pesada es la pobreza humana
y de cómo el amor la lleva a cuestras,
de cómo tiene el pescador del río
un pie en el río y otro pie en la estrella.
Y daremos la clase que no se da en la Escuela.
Diremos, como amigos: —¡Conócete a ti mismo!—
a todos los que iremos encontrando.
La respuesta de todos nos la dará la vaca
que bebe en el espejo del pantano
y le pregunta al agua por qué razón del agua esa vaca del agua

se la queda mirando.

Esta tarde hablaremos de la patria
que echa a sus hijos niños y los conoce ancianos.

CLASE

Aquí estamos el hombre, la mujer y los niños
para dar una clase de distancia y presencia,
con un recuerdo que haga llegar el horizonte
hasta las manos, por un mar de alberca,
con una voz de pálido regreso
que se traiga la playa entre las velas,
con un amor de golfo madrugado
que en el playero caracol se tuerza,
con un dar y tomar de niño y patria
sobre una ola azul que vaya y vuelva
el nelumbio de adiós de mis riberas
y un sureste que traiga entre las manos
y una nube de allá como una hamaca
de relevada carga en que se mezan
el canto de mis hijos, cuando vaya,
y el olor de la patria, cuando vuelva.
Ayer la geografía era presente y viva,
ayer sólo la historia era pretérita.
Hoy, ya, para nosotros, geografía es historia,
un recuerdo de un niño que escribía en la arena, algo de cuna y río, de
golfo y cementerio,
una gota de agua sobre una hoja seca,
una balandra que soñó un gran viaje
y envejeció lavándose las velas.

Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la misma tierra,
la del pueblo elegido
para llenar de tumbas y de patrias a América,
la de adelante en viajes a Judá o a la Cólquida,
de una vez argonauta y cananea.

Canaán, y sus hijos Israel, escogidos
para andar repartiendo libertad a las tierras:
con las uñas cavaron, con la sangre regaron
los huesos de su siembra
y al fin, de patria a patria
se pasaban la fruta que le faltaba a ella.

Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la pura tierra de Venezuela,
la del signo del Éxodo, la madre de Bolívar
y de Sucre y de Bello y de Urdaneta
y de Gual y de Vargas y del millón de grandes,
más poblada en la gloria que en la tierra,
la que algo tiene y nadie sabe dónde,
si en la leche, en la sangre o la placenta,
que el hijo vil se le eterniza adentro
y el hijo grande se le muere afuera.
Se van a libertar, por tierra y agua,
a pelear con las armas y las letras
y alguna vez embarcan las miradas
hacia el rincón del mar donde está Ella,
más difícil que un pozo en el desierto,
más bella que un amor en primavera.
y todo comenzó en Coquivacoa,
el signo de sus hijos y el de Ella:

le encontraron las casas metidas entre el agua
y de allí le quedaron los viajes en las venas.

Pero aquí estamos cerca de los hijos,
para darles la Patria como es buena,
para darles la Patria sin dolor de palabra,
como se dan las patrias, sin mojar sus ojeras,
como se dan los ojos, sin cortarles el día,
como se da la noche, sin cortarle la estrella,
como se da la tierra, sin cortarle los árboles,
como se dan los árboles, sin cortarles la tierra.

Y hablar así, a los hijos, de la Patria lejana,
en una clase clara, con la ventana abierta:

Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la pura tierra de Venezuela;
amamos a Bolívar como a la vida misma
y al pueblo de Bolívar más que a la vida entera
y a Venezuela, inalcanzable y pura,
sabemos ir por el “bendita seas”.

JUEGO DE CABALLERÍA

Vengan el primogénito y el segundón, varones
que ayer corrido hubieran con tan distinta suerte:
al grande, el mayorazgo con sus vinculaciones,
al pequeño, la Iglesia, el mar, la muerte.

Vengan hoy de mis manos
a recibir la herencia y la divisa
que han de hacerlos iguales, más que hermanos,
que han de gozar en forma perpetua e indivisa.

Al bien que les deseo
se reducen los bienes todos de la heredad:
los que apenas tenía, lo que ya no poseo:
Salud y Libertad.

Menguado, en apariencia,
tal deseo de bien por toda herencia;
pero dejo en sus manos mi divisa
que es la mitad de esto con la mitad de aquello:
Para vivir sin pausa, para morir sin prisa,
vivir es desvivirse por lo justo y lo bello.

CUENTO DE SALUD Y LIBERTAD

Salud y Libertad, bienes hermanos
pero de impar dimanación y goce;
la salud es de Dios y buen gobierno,
la libertad, más fuerte que los hombres;
la salud, a la larga, se hace corta
y a lo libre no hay filo que lo corte.
Escuchad este cuento que os inventé hace años,
el del Castillo de los Ruisiñores;
oídllo con el metro de los Himnos,
cantadlo con la voz de las canciones:
Este era un Rey; tenía
un Castillo con torres y torres
y una hija más bella que el campo
cuando encienden la luz de las flores.
Y poblaban estancias y patios
y claustros y torres,
ruisiñores en jaulas de oro,

ruiseñores en jaula de bronce,
y por eso al Castillo llamaban
el Castillo de los Ruiseñores.
Pero un día murió la doncella
y el señor del Castillo encerróse
para siempre en el frío aposento
de la más invernal de las torres.
Y por ser más igual con la Muerte
y poner el silencio a sus órdenes,
ordenó que en sus jaulas doradas
cortaran las lenguas de los ruiseñores.
Y así fue que al llegar al Castillo
sacudía de espanto a los hombres
la visión de los pájaros mudos
sobre el ancho rumor de los bosques.
Y los días pasaban; los días,
mudos, como noches,
¡cuando, un día, estalló con el alba,
la sorpresa de un canto en las torres!
En tropel recorrieron las jaulas
los callados guardianes del orden
para ver quién rompía el silencio
y arrancar con la lengua las voces.
Pero en vano buscaron prenderle,
porque huía de todos los hombres,
porque aquél era el pájaro libre,
conspirador del cielo,
agitador de sus alas veloces,
un fugaz ruiseñor de los campos
con canto de flecha mojada en los bosques

y a su grito, la voz de los libres
entró en el Castillo de los Ruiseñores.

CONFESIÓN

Más vale que os confiese de la mejor manera
lo que, quién sabe cómo, va a contaros cualquiera;
sabed que soy poeta, hijos míos, un hombre
que nombra y que camina, sin camino y sin nombre.
Yo soy lo que ha dejado el pirata en la playa,
nada en el horizonte, un punto en una raya:
yo soy lo que ha quedado del saqueo en la vida:
la puerta de la casa de la llave perdida.
Soy la hoja quemada que el incendio nos deja
y en la primera brisa danza un poco y se aleja;
soy la amargura anónima de las almas sin dueño
que vivieron de un canto, de un dolor y de un sueño.
Soy el amo del humo que se queda en la casa
diciendo adiós al fuego del batallón que pasa.
Soy el poeta, hijos, casi nada en la vida,
lo que abrasa en la sed, lo que duele en la herida,
lo que quiere elevarse después de la matanza,
con un ala hacia el suelo y otra hacia la Esperanza,
lo que muere en la guerra y expira en los despojos
y un poco de esa gota que tiembla en vuestros ojos.

LOS HIJOS INFINITOS

Cuando se tiene un hijo,
se tiene al hijo de la casa y al de la calle entera,
se tiene al que cabalga en el cuadril de la mendiga

y al del coche que empuja la institutriz inglesa
y al niño gringo que carga la criolla
y al niño blanco que carga la negra
y al niño indio que carga la india
y al niño negro que carga la tierra.

Cuando se tiene un hijo, se tienen tantos niños
que la calle se llena
y la plaza y el puente
y el mercado y la iglesia
y es nuestro cualquier niño cuando cruza la calle
y el coche lo atropella
y cuando se asoma al balcón
y cuando se arrima a la alberca;
y cuando un niño grita, no sabemos
si lo nuestro es el grito o es el niño,
y si le sangran y se queja,
por el momento no sabríamos
si el ¡ay! es suyo o si la sangre es nuestra.

Cuando se tiene un hijo, es nuestro el niño
que acompaña a la ciega
y las Meninas y la misma enana
y el Príncipe de Francia y su Princesa
y el que tiene San Antonio en los brazos
y el que tiene la Coromoto en las piernas.
Cuando se tiene un hijo, toda risa nos cala,
todo llanto nos crispa, venga de donde venga.
Cuando se tiene un hijo, se tiene el mundo adentro
y el corazón afuera.

Y cuando se tienen dos hijos
 se tienen todos los hijos de la tierra,
 los millones de hijos con que las tierras lloran,
 con que las madres ríen, con que los mundos sueñan,
 los que Paul Fort quería con las manos unidas
 para que el mundo fuera la canción de una rueda,
 los que el Hombre de Estado, que tiene un lindo niño,
 quiere con Dios adentro y las tripas afuera,
 los que escaparon de Herodes para caer en Hiroshima
 entreabiertos los ojos, como los niños de la guerra,
 porque basta para que salga toda la luz de un niño
 una rendija china o una mirada japonesa.

Cuando se tienen dos hijos
 se tiene todo el miedo del planeta
 todo el miedo a los hombres luminosos
 que quieren asesinar la luz y arriar las velas
 y ensangrentar las pelotas de goma
 y zambullir en llanto los ferrocarriles de cuerda.
 Cuando se tienen dos hijos
 se tiene la alegría y el ¡ay! del mundo en dos cabezas,
 toda la angustia y toda la esperanza,
 la luz y el llanto, a ver cuál es el que nos llega,
 si el modo de llorar del universo
 o el modo de alumbrar de las estrellas.

COLOQUIO BAJO LA ACACIA

Y cuando se tienen todos los hijos de la tierra
 se tiene un hijo, un solo hijo, la plenitud del hijo,
 se tiene un hijo en dos o en mil o en uno

y se dice “hijos míos” o “hijo mío”,
Hijo, en función de toda la soledad del mundo,
Niño a la vez y humanidad del Niño;
mi niño en dos, mi niño solitario
como la muchedumbre de los hijos,
la humanidad de hoy, en una cesta
y en la mitad del Nilo.
Hijo mío, que eres
mis dos hijos, a un tiempo con el hijo infinito,
igual que en el encaje del Misterio
el Hijo es uno con el Santo Espíritu
y en Ellos y en Él están enteros
los irredentos y los redimidos.

En tus dos corazones, como si fueran uno,
de este modo te amo, hijo mío, hijos míos,
inseparables e innumerables,
uno en los dos y en ellos el Universo niño.
Y amo a la tierra y quiero una tierra inocente
para que la vivan mis hijos;
quiero un mundo en los brazos de una siesta de paz,
para que lo arrullen mis hijos,
un mar estremecido de amantes travesías,
para que lo surquen mis hijos,
un bosque acribillado de veredas de amor,
para que se internen mis hijos,
una montaña alta, como una idea pura,
para que piensen mis hijos,
el aire puro y pura la palabra del agua,
para que canten mis hijos,

la humanidad y la naturaleza
puras, como mis hijos.

Hijo mío, te quiero.
como quisiera al mundo en que he sufrido:
bajo el sol de la paz y la justicia
el hombre del amor y del principio;
un planeta que cuelgue como fruta del cielo
y se lleve como el Niño Jesús lo lleva, tan tranquilo,
porque sabe que en ése que él sostiene en su mano,
el blanco quiere al negro y ama al chino.
Sobre un planeta justo, un hombre justiciero,
sobre un seno, un pezón de leche y de cariño,
todo un planeta y más, casi una estrella,
y un hombre, todo un hombre, casi un niño.

Así te amo, en esa forma os amo,
hijo mío, hijos míos,
pero no sé si estará bien que venga
poniendo condiciones al destino;
yo os quiero como sois; quizá más tarde os quiera
como queráis vosotros mismos;
por hoy, es suficiente con teneros al lado
porque si no os tuviera al lado mío,
ya no sería más que una voz en la calle,
pregón de adiós de un vendedor de olvidos.

COLOQUIO BAJO LA PALMA

Lo que hay que ser es mejor
y no decir que se es bueno

ni que se es malo,
lo que hay que hacer es amar
lo libre en el ser humano,
lo que hay que hacer es saber, alumbrarse ojos y manos
y corazón y cabeza
y después, ir alumbrando.

Lo que hay que hacer es dar más
sin decir lo que se ha dado,
lo que hay que dar es un modo
de no tener demasiado
y un modo de que otros tengan
su modo de tener algo,
trabajo es lo que hay que dar
y su valor al trabajo
y al que trabaja en la fábrica
y al que trabaja en el campo,
y al que trabaja en la mina,
y al que trabaja en el barco,
lo que hay que darles es todo,
luz y sangre, voz y manos,
y la paz y la alegría
que han de tener aquí abajo,
que para las de allá arriba,
no hay por qué apurarse tanto,
si ha de ser disposición
de Dios para el hombre honrado
darle tierra al darlo a luz,
darle luz al enterrarlo.

Por eso quiero; hijo mío,
que te des a tus hermanos,
que para su bien pelees,
y nunca te estés aislado;
bruto y amado del mundo
te prefiero a solo y sabio.

A Dios que me dé tormentos,
a Dios que me dé quebrantos,
pero que no me dé un hijo
de corazón solitario.

INVITACIÓN

Te quiero viajero largo,
de profundo navegar,
viajero de todo el campo,
viajero de todo el mar,
que no te alcancen las olas
para tu sed de viajar.

COLOQUIO BAJO EL LAUREL

Quiero que me cultives, hijo mío,
en tu modo de estar con el Recuerdo,
no para recordar lo que yo hice,
sino para ir haciendo.
Que las cosas que hagas lleven todas
tu estampa, tu manera y tu momento.

Y cultiva mi amor con tu conducta
y riega mi laurel con tus ejemplos.
Viviendo estás los años más sucios de la Historia,
pero si sobrevives, será tu tiempo el tiempo
de la bondad triunfante, de la justicia erguida,
donde la voz alcance la libertad del sueño;
para entonces, quisiera que fueras bueno y grande,
que tu conciencia fuera, no de un hombre, de un pueblo,
pero que tu grandeza fuera la cosa tuya
y tu bondad la cosa tuya y de mi recuerdo.
Tú eres el hombre, hijo, de la hora esperada,
pero si has de creerme, la bondad es lo cierto,
y para poseerla, precisa ser valientes;
la bondad es lo dulce del valor y el respeto.
Si alguien te pide tu sabiduría,
dásela, aunque se niegue a creer en tu credo;
si alguien te pide un pedazo de pan,
dáselo y no preguntes bajo qué tienda va a comerlo;
si alguien te pide tu amistad,
dásela, aunque no piense como tu pensamiento:
si alguien te pide agua,
dásela y no preguntes si va a regar su huerto,
si va a calmar su sed, si va a lavar sus manos,
si va a ponerla en tierra para hacer un espejo.
Para el bueno, la idea tiene el ancho del mundo
y un pan es del tamaño del hambre del hambriento.

Como si fueras de cristal,
realízate por dentro,
como si un mundo de miradas te estuviera mirando,
como si el pueblo tuyo te tuviera de espejo

para que se peinaran sus hijos
la conciencia mirándote el corazón entero.
¡Ay, la Patria y sus niños! mientras hablo, hijo mío,
quiero besar a un niño de mi pueblo,
con el sol de mi tierra entre sus ojos
y el amor de mi madre entre mi beso.

La Verdad, sólo Ella en tu conducta,
tan solo la Verdad en tu cerebro,
pero que al corazón le quede algo
de las dulces mentiras que te enseñó;
que en el profundo bosque son verdades
las fábulas del tigre y el conejo;
que el mundo tiene un pájaro que habla,
un agua de oro, el canto de un madero
y un corazón que marcha, sin mirar hacia atrás,
hasta llegar a ellos;
que ha de volver, sobre el caballo flaco,
con Sancho al lado, el hondo caballero;
que el día es del trabajo y del amor la noche,
que no hay casa sin pan, que el hombre es bueno,
que el pez navega por lo azul del agua
y el ave vuela por amor al viento.

COLOQUIO BAJO EL OLIVO

Por mí la flor en las bardas
y la rosa de Martí,
por mí combate en la altura
y en la palabra civil;
para mí no hay negro esclavo,

para mí no hay indio vil,
por mí no hay perro judío
ni hay español gachupín,
el bravo ataca el sistema
y respeta al paladín,
el Cid abre herida nueva,
no pega en la cicatriz
y es pura la niña mora
como las hijas del Cid.

Por mí, ni un odio, hijo mío,
ni un solo rencor por mí,
no derramar ni la sangre
que cabe en un colibrí,
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruin
y no olvidar que la hijas
del que me hiciera sufrir
para ti han de ser sagradas
como las hijas del Cid.

COLOQUIO BAJO EL CIPRÉS

Y ahora, en el crepúsculo, es la hora
de mirarnos las caras
con poco hablar y con decirlo todo,
seis ojos y tres ánimas,
la confluencia de todo en el silencio,
mi ser que se convoca, como el agua en el agua,
en un solo mirar mi turno entero
mi vida entre mis tardes y tus albas,

porque es bueno pensar que cualquier día,
quizá muy pronto, sea para el ciprés mi alma
y en una tarde de las tardes mías
o en un amanecer de tus mañanas,
te apartes una gota de otra gota
para que entre en tus ojos mi última mirada.
Por eso, en este ocaso, ya es la hora
de entregarte mi lámpara,
ya nos llegó el momento
de que tu mano encienda la luz que se me apaga.
Mi luz, mi pobre luz a ti confío,
farol en tu pasillo, veladora en tu cama;
no digas que es linterna para encontrar a un Hombre
sino luz de sereno que ayude a los que pasan.
En las noches sin luna, cuelgala en el camino,
en las de tempestad ponla en la playa,
haz de mi luz un hecho que ilumine tu mano
y de tu mano un hecho de tierra iluminada.

Y así como te doy el cuidado de mi luz
y así como te pido cultivarla,
como te doy mi luz, te doy mi sombra,
sólo para tu amor y tu esperanza;
también la sombra puede cultivarse
si se le da la vecindad del alma;
como se siembra un árbol en la tierra
puede sembrarse un sueño en la almohada.
Si hasta mi misma luz llega a faltarte,
mi sombra estará siempre detrás de tus pisadas.

Más que mi luz, tuya
mi sombra acostada,
no hay quien te la quite,
sombra no se apaga,
tuya para siempre;
hijo de mi alma
la sombra es lo único
que no arrastra el agua.

SE VAN EL CANTO Y EL SUEÑO

Canté a los dos como si fueran uno.
Ya están durmiendo; en el ciprés mitigo
la lumbre del lucero inoportuno;
ya el Canto ni lo canto ni lo digo,
y apenas flota sobre los durmientes,
la flor con ellos, la raíz conmigo;
ya el Canto es globo en las dormidas frentes
se vuelve azul, de celestial beleño,
chupándose los sueños transparentes;

ya se va el Canto y con el Canto el Sueño,
ya sube a la región maravillosa
del mago de la alfombra y Clavileño;

mañana es el entierro de la rosa,
pero esta noche llorarán por ella
en el velorio de la mariposa.

Ya se fue el Canto; ya es mi voz aquella
punta de luz que se me desvanece,
como si se fugara de la estrella.

La madre canta; en la canción se mece
la rama seca de lo que agoniza
con el retoño de lo que amanece;

ellos y yo, su brasa en mi ceniza,
canción de madre que ennoblece el Canto,
sueño de niño, que lo canoniza.

Y así los cuatro en el coloquio santo
con la esperanza sobre la almohada,
detrás del sueño y más allá del llanto,

y allá por fin, la humanidad lograda
detrás del bosque de sus crucifijos,
recibiendo en el hambre y la mirada
la luz y el pan que le darán mis hijos.

Cuernavaca, México, octubre 1954.

A UN AÑO DE TU LUZ

ELEGÍA A LA MADRE

A un año de tu luz, e iluminado
hasta el final de su latir, por ella,
desanda el viaje el corazón cansado.

De tu voz, de tu mano y de tu huella
retorna a la niñez, donde palpita
sangres de luz tu corazón de estrella.

Vamos los dos a la esperada cita
y parece saltar de mi costado,
santa y clara, tu voz de agua bendita.

Y así al solar de la niñez llegado,
mi corazón, devuelto de tu muerte,
a un año de tu luz, e iluminado.

Luna de Cumaná, para encenderte
la lámpara de arrullo que me duerma
y el postigo de voz que me despierte.

Luna en el pan de la colina yerma,
en el río, en el golfo, en la sabana,
pavón lunar de mariposa enferma;

y luna en el cocal, junto a Chiclana,
donde el recuerdo azul de tus amores

se echa a dormir, como una caravana;
luna para los mapas de colores
que teje la nocturna confidencia
rumbo a la calle de Flor de las Flores

y luna que en tus uvas se aquerencia
para la miel de aquellas de tu parra
y el limón de las doce de tu ausencia.

Ancha la casa que el poema narra:
blancas mujeres, de azabache el pelo,
hechas al par de hormiga y de cigarra;

buenas para el bautizo y para el duelo,
parejas en el hambre o en la medra,
del sueño canto y del dolor pañuelo.

Galaica flor en castellana piedra:
vaciada al acueducto segoviano
la ría de candor de Pontevedra.

Así te halló el Esposo y Hortelano,
Doctor para saber cómo se tienta
el pulso al corazón desde la mano.

Así el hogar, Señora y Cenicienta,
nodriza y enfermera en el manejo
y en el combate al sol, lugartenienta.

Así la lucha y la prisión, espejo
de aquella tierra de recluta y canto,
panal del niño y retamal del viejo.

Y tu niño en la flor del camposanto
y el Esposo en el sol de los caminos
y el exilio y el mar: cosas del llanto.

La isla de los lobos peregrinos,
de níspero el sabor, de perla el flanco,
de sal, de sol, de piedra los marinos.

Copia de espuma y ola en el barranco,
de noche y playa, Médico y Cochero,
el coche negro y el caballo blanco.

Y la Virgen del Valle y del vallero,
perla para los buzos hacia arriba,
madre del mar y de su marinero.

La Isla, como tú, del mar cautiva,
con eso de la sed y de la vela,
siempre llegando y siempre fugitiva.

Dormir allí, bajo tu cantinela,
soñar domingos de color de playa
en la semana de color de escuela.

Dormir allí, pescado en la atarraya
de tu labor de estambre y mecedora,
mi sueño, entre las dunas de tu saya.

¡Ay, las hermanas de durazno y mora!
¡Ay, mi hermano de amor y de centella!

¡Ay, mi Padre de luz y tú de aurora!
¡Ay, el claro querer sin la querella!
Tu pan, tu sol, tus ojos, para el día;
para la noche, kerosén y estrella.

Para la noche de ponerte fría,
cuando oíste subir de tus hinojos
el llanto de mi verso que nacía.

Yo en tus rodillas, en la calle abrojos,
en la acera los dos, y una saeta
mi primer verso fue para tus ojos.

Me alzaste en brazos; trémula y coqueta,
fuiste y volviste de la risa al lloro
y empezaste a gritar: —¡Tengo un poeta!

Tú quisiste decir: —Tengo un tesoro,
tengo un ovillo de torzal de plata
y una cocina de fogón de oro...

Así la Isla: calles de piñata,
amor de la muñeca y la gaviota
cartas de sol con lunas de postdata.

Hasta el día en que el mar, gota por gota,
cayó desde las nubes de tu llanto
hasta los pies de tu muñeca rota;

y otro pedazo tuyo al camposanto:
niña del mar, que te prestó la tierra;

tanto te daba y te quitaba tanto.
Y al mar de nuevo, la balandra en guerra,
y el cabo al tajamar y el santo al valle
del pequeño calvario y la alta sierra.

La ciudad linda, de guirnalda al talle,
el bronce amado y el verdugo triste
y el silencio del hombre de la calle.

De allí acá, lo que amaste y lo que diste,
pobreza alegre, dignidad del trino,
lo que rinde el canario en el alpiste.

La vida cara y el caudal mezquino,
pero eran molinero y molinera
conformes al moler de su molino.

Pan blanco, traje limpio y clase entera,
nosotros, el jardín, y al riego diario,
mi Padre el agua y tú la jardinera.

El sudor de mi padre... y del armario
sacabas y templabas en tu seno
sus ropas de dormir, de escapulario.

Ignoraste el rencor y el veneno
tu pañuelo jamás midió el camino
que había entre tu amor y el llanto ajeno.

Eras cuidar el vaso y dar el vino,
como el remanso, cuando da el lucero,

pero se queda con lo cristalino.
De ti la plenitud al mundo entero,
al mundo gris, que te pasaba al lado,
fiel cobrador y amargo cobradero.

Y así hasta el fin. El hijo que ha marchado
llevando de tu voz, en el oído
algo que no ha dormido y ha llorado.

La vuelta del amante malherido
y el trance de tu angustia a su regreso,
buscándole el regreso del olvido.

¡Y esa noche sin Dios que trajo eso!
mi Padre muerto, yo a su cabecera
y tú a sus pies, amortajando el beso.

Siguió tu oficio de sepulturera:
muerto el hermoso hijo en mala muerte
y sembrando algodón tu cabellera.

Presos los hombres de la casa; fuerte
se te hizo el corazón, y asombrada
se asomaba tu angustia para verte.

Una tarde te vi, por la enrejada
ventana del penal, de nieve el pelo,
sin un temblor la cruz de la mirada.

El páramo, un lugar vecino al cielo
y una alcabala allí, donde el espía

desmoronó, tu pan de bizcochuelo.
Y tus manos de bruja artesanía
en el punto cabal de la chaqueta
y en escarpines de juguetería.

(Por eso, tejedora en el Poeta,
en la dantesca red de los tercetos
engarzo a ti lazada y cadeneta).

Y el regreso a los hijos y los nietos,
feliz de tus estancias favoritas
y enredada la lengua de alfabetos;

y la puntualidad de tus visitas
a misa de San Juan, por la mañana,
o a la capilla de las hermanitas.

Morir, morir... La insustituible hermana
al reino de la nube y de la flecha,
luna descalza, huyó por la ventana.

No fue más que otra deuda satisfecha
en el trueque de savias y de flores
que había entre la tumba y tu cosecha.

Tu casa de San Luis de los Dolores
alzó al lacrimatorio de los pinos
la conciencia de ángel de las flores.

Y tú a sus pies; el odio en los caminos
y tú, ofreciendo en el cruzar del fuego

aire de amor a todos los molinos.
Era molerte el alma; el mundo ciego
luchando, y tú, en el centro de la guerra,
sin queja, sin rencor y sin sosiego.

Y al último dolor, tu vida cierra
balance de los hombres de tu entraña:
bajo la tierra, dos, y uno sin tierra.

Al mar de nuevo, a darme en tierra extraña
la valiente mirada que quería
luchar contra la gota en la pestaña.

Después, aquellos hombres de alma fría;
el inhóspito lecho hospitalario;
tu mano tejedora que tejía,

como estaciones de su itinerario,
sobre la tela del cercano cielo,
el encaje final de tu rosario.

Y el regreso al hogar, el negro vuelo:
con las dos alas el avión cortaba
varas de noche para nuestro duelo.

Aldebarán, que nos acompañaba,
las Pléyades y el mar que las refleja
miraron una urna que volaba.

Al final del estambre en tu madeja
se cuajó en tu mirada nebulosa

la última uva de la noche vieja.
}Así fue. Y al morir la Dolorosa,
un ave negra le llevó al lucero
en el pico ladrón la mariposa.

Fue en un día tres veces agorero;
ese día de un mes, nos ha quedado
como el mejor para decir “Me muero”.

Así fue, madre, el fin de tu bordado.
De tus hijas y nietas el gemido
puso a temblar el pino abandonado.

En hombros te llevaba el pueblo herido,
la múltiple cabeza descubierta,
y al pasar por San Luis, tu viejo nido,

el mundo de tu amor salió a la puerta
y el silencio de un hijo que lloraba
metió el pinar en tu cajón de muerta.

Aquí, conmigo estás; yo, que soñaba
viajar contigo, tengo en tu retrato
esa sonrisa que te iluminaba.

Y allá estarás, en el taller beato,
para vestir de blancos faldellines,
a mi angelito negro y al mulato,

para llenar de azules escarpines,
tejidos con celajes y destellos,

la canastilla de los serafines.
Estamos con los hijos y hasta ellos
vemos caer la luz de tu mirada,
peinando con tu nombre sus cabellos.

Tenemos tu sonrisa iluminada;
la voz de tu trisagio y de tu misa
le grita a mi dolor: —¡No ha muerto nada!

Con bosque y mar, con huracán y brisa,
con esa misma muerte que te encierra,
de la gracia inmortal de tu sonrisa
llenos están los cielos y la tierra.

México, octubre de 1950.

**ELEGÍA AZUL CON UNA ESTRELLA
Y OTROS POEMAS**

NOTICIA

(Aviso de la muerte de Enrique
González Martínez).

Se acaba el pan del alma, compañero,
el pan mejor del mundo peregrino;
me dicen los amigos del molino
que acaba de morir el molinero.

Enrique, el grande, ha muerto; el campesino
que lo quiso llorar, dijo al obrero:
—No hay que llorar la muerte de un viajero,
hay que llorar la muerte de un camino.

Y de su altar, y con la voz ausente,
el águila que ahoga a la serpiente
nos dijo: —Éramos dos para lo bello,

pero el mal tiempo le aflojó la mano
y junto al cisne de torcido cuello
como dormido se quedó mi hermano...



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-061-2

DEPÓSITO LEGAL

DC2022000228

CARACAS, VENEZUELA, MARZO DE 2022

La presente edición de
POESÍA REUNIDA
fue publicada
durante el mes
de marzo de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Poesía reunida Este volumen reúne una amplia selección de poemas escogidos de los libros publicados por Andrés Eloy Blanco, quien por generaciones ha sido el poeta del pueblo. Emblemáticos son sus célebres palabreos “La recluta”, auténtica crónica del horror del gomecismo, y “La loca Luz Caraballo”, que retrata el drama de la mujer víctima del marginamiento social. Y junto a esa poesía que retrata la realidad más cruda, está “La renuncia”, una pieza que revela la fuerza expresiva de su lírica.

Se ofrece así oportunidad de conocer la diversidad temática y vivencial del autor. En *Poda* (1934, por ejemplo, se destacan elementos de la herencia hispánica en América; *Barco de Piedra* (1929) y *Baedeker 2000* (1938), más autobiográfico, escrito durante su encarcelamiento; “Giraluna” (1955) considerado el más lírico de sus libros, abarca cuadros geográficos, las antípodas entre la vida y la muerte y motivos prosaicos expresados con estética inigualable.

A toda esta riqueza compositiva y temática la une un hilo conductor: Venezuela. Andrés Eloy supo retratar el país en sus dimensiones más luminosas y terribles, el del amor más tierno y la crueldad más abyecta, de allí la resonancia de su obra, pues como él mismo llegó a afirmar: “No hay que llorar la muerte de un viajero, / hay que llorar la muerte de un camino”.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

